11232

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

UN ALMA DE HIELO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON VALENTÍN GÓMEZ

TEATRO DE LA ALHAMBRA.—21 OCTUBRE 1881

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1881

250815
2

UN ALMA DE HIELO

A mi buen amigo el delicado poeta
D. Eduardo Mutilloa,

El autor

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unalmadehielocom2352gmez

UN

ALMA DE HIELO

COMEDIA EN TRES ÀCTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON VALENTÍN GÓMEZ

TEATRO DE LA ALHAMBRA.—21 OCTUBRE 1881

MADRID
IMPRENTA DE D. A. PÉREZ DUBRULL
Calle de la Flor Baja, 22

1881

PERSONAJES.	ACTORES.
—	—
EMILIA.....	SRTA. DÍAZ. (D.ª A.)
LOLA.....	» CASADO. (D.ª L.)
GERTRUDIS.....	» BUENO.
D. ROMÁN.....	SR. JÁUREGUI.
D. FERNANDO.....	SR. UNTURBE.
EL CONDE DE VILLAROYA.	» GARCÍA TOMÁS.
GASPAR.....	» GOMILA.
JUAN	» CALBACHO.
UN MOZO	»

Época actual.

ACTO PRIMERO.

Una sala en un hermoso hotel de la Castellana. Lujo extraordinario en muebles, colgaduras, lámparas, etc. Cuatro puertas laterales, y otra en el fondo. Un balcón.

ESCENA PRIMERA.

GERTRUDIS.—JUAN.

GERT. Holgazanote del diablo,
Mueve esos malditos huesos.
Si sale el amo y te ve....
JUAN. Probará que no está ciego.
GERT. Ni manco, si á mis instancias
Te zarandea el pellejo.
JUAN. ¡Pobre señor! No es él hombre
Para gastar esos fieros.
GERT. Así abusas tú, bribón.
JUAN. Estando usted de por medio,
Señora doña Gertrudis
De Rascafría y Pozuelo,
¿De qué puedo yo abusar,
Aunque me lo pida el cuerpo?
Durante el día no paro;
Por la noche no me acuesto,
Pues sin permiso del sol
Nadie aquí se entrega al sueño,
Menos usted, que hace siempre
Lo que cuadra á su deseo.
Yo á recados; yo al servicio
De la mesa; yo el eterno
Correvedile de todos,
Celador del cocinero,
Del cochero polizonte,
De los lacayos maestro,

Zarandillo de la niña,
De la señora correo,
Y de usted, doña Gertrudis,
Todo esto junto y más que esto....
¿No quiere usted que me siente
Y que respire un momento? (Se sienta.)

GERT. Como te dejen hablar,
No te ahorcarán, marrullero.
Si don Fernando no fuera
Tan.... no sé cómo.... y tan....

JUAN. Bueno.

GERT. Eso no es ser bueno; eso es....

JUAN. ¡Doña Gertrudis!....

GERT. Me quemo
Al pensar.... ¡Ah! bien sé yo
Quién tiene la culpa de ello.
Si él no se hubiera casado,
Ó si no se hubiera muerto
Mi señorita, de fijo
No andaría esto revuelto.
Aquella era un ángel, y ésta
Parece hija del infierno.
¡Cómo pudo engatusar
Á mi señor, santo cielo!
¡Un viudo experimentado
Caer así como un borrego
Á los piés de una mujer
Con humos y sin dinero!
Pero, Señor, ¿es posible
Que se traguen el anzuelo
Estos hombres que conocen
Lo que nosotros sabemos?
Si en figura de serpiente
Fué el diablo nuestro maestro,
¿Quién se fía de nosotras,
No siendo algún majadero?
¿Y por qué todo, Señor?
Por lucir vestidos nuevos
Cada día, y cada noche
Estrenar un aderezo;
Por tener varios carruajes
Y abono en un entresuelo
Del Real; por oir lisonjas

De jovenzanos resueltos
Ó de Tenorios sin dientes
Y sin vergüenza y sin pelo.
¡Y áun dices tú que yo gruño!....
Pues si esto clama.... ¡qué veo!
Se ha dormido el haragán....
Ya haré yo que esté despierto....
(Le da un pellizco.)

JUAN. ¡Ay! (Levantándose.)

GERT. No hay nada.

JUAN. Sí que hay brujas.

GERT. ¿Las ves?

JUAN. Y además las siento.

GERT. Anda, mal hombre, á arreglar
Ese cuarto.

JUAN. Sobra tiempo.

GERT. Falta gana.

JUAN. Hasta que llegue
Don Román.

GERT. No importa: lo hecho,
Hecho queda.

JUAN. (Sentándose otra vez.) Y diga usted:
El don Román, ¿tiene el genio
Como su hermano?

GERT. ¡Quiá! ¡Buena
Diferencia! El lugareño
Es todo un hombre.... Ahora viene
Casi con el solo objeto
De conocer á su nueva
Cuñadita.... Ya me apuesto
Cualquier cosa á que le carga
Como á mí.... (Juan ronca.) ¡Qué! ¿Esas tenemos?
(Vuelve á pellizcarle.)

JUAN. ¡Ay! ¡ay!

GERT. ¡Lirón del demonio,
Que viene el amo!

JUAN. (Bostezando.) ¡Aaah! Bueno.
(¿Conque don Román es hosco?
¡Mejor! Nos entenderemos.)
(Se va por la puerta segunda izquierda.)

ESCENA II.

GERTRUDIS.—D. FERNANDO.

FERN. ¿Qué haces?
GERT. Murmurar.
FERN. ¿De quién?
¿De mí?
GERT. Por fuerza.
FERN. Se entiende.
Ya se sabe: ¿quién te ofende?
El que te hace mayor bien.
Es la gente, áun la mejor,
De tan extraño pelaje,
Que olvidar puede un ultraje,
Mas no perdona un favor.
GERT. Pues á esa opinión me agarro,
Que usted ultrajes olvida
De quien le amarga la vida
Con su necio despilfarro,
Y en cambio á la que en el fondo
Del alma le quiere á usté,
Le propina un puntapié
Y se queda tan orondo.
FERN. ¡Qué simple eres!
GERT. ¡Como digo
Tantas verdades de á folio!....
FERN. Ejerces el monopolio
De insolentarte conmigo.
GERT. Es que verle á usté hecho un santo,
Por su propio bien me enfada.
FERN. Si á mí no me importa nada
Que por mi bien sufras tanto.
GERT. ¡Siempre ingrato!
FERN. Y tú la misma
Siempre.
GERT. Siempre.
FERN. Vete en paz.
GERT. ¿Cuándo será usted capaz
De romperle á uno la crisma?
FERN. ¿Para qué?
GERT. Para que en casa

Haya al fin orden....

FERN. ¿Qué quieres?

GERT. Y por mor de las mujeres
No pase lo que aquí pasa.

FERN. ¿No me dejarás?

GERT. No tal.

FERN. ¡Qué moler!

GERT. Sí; hay molino.
Pero es porque yo adivino
Que esto va mal, mal, muy mal.

FERN. Como ayer, como anteayer,
Como siempre.

GERT. Eso no es cierto.
¡Si viera este desconcierto
Aquella santa mujer,
Aquel ángel de bondad
Que con usted compartía
La tristeza y la alegría,
La suerte y la adversidad!
Si viera á su hija llevada
Poco á poco al precipicio
Por otra mujer sin juicio....

FERN. Por otra madre....

GERT. Alquilada.
Si ella viera el desenfado
Con que se gasta el dinero
Que usted, como un jornalero,
Con tanto afán ha ganado,
Se volvería á la fosa
De angustia y dolor transida.

FERN. Dejándote á ti con vida
No adelantaba gran cosa.
Pues tú bastas para ser
Con ese genio infernal
El más severo fiscal
De mi segunda mujer.

GERT. ¡Qué ceguedad! Así paga
Á quien interés se toma....
Pues con su pan se lo coma,
Y que buen provecho le haga.
No turbará su reposo
Mi charla....

FERN. ¡Yo te bendigo!

GERT. Aunque vea á algún amigo
Demasiado pegajoso.
FERN. ¡Eh!.... ¡Gertrudis!
GERT. Ya me voy.
¡Si á mí no me importa nada!
FERN. No.... sí.... vete, ¡desdichada!
Mas yo el desdichado soy
Que escucho tal disparate
Con esta calma increible.
GERT. Lo conoce. ¿Y es posible
Que este hombre no se arrebate?
FERN. ¡Ah! ¿Conque lo haces á posta?
¡Eres feroz!
GERT. Usté acierta.
Mas, por si acaso, ojo alerta,
Porque hay moros en la costa. (Vase.)

ESCENA III.

FERNANDO, solo.

¡Si no sé cómo la aguanto!
Y ella tal vez pensará
Que esto es quererme.... ¡Ojalá
Que no me quisiera tanto!
Que se gasta mucho.... Bien;
Puede que tenga razón.
Pero qué, ¿la posición
No exige mucho también?
Gracias á lo cual mi nombre
Repite la prensa entera;
Y sin esto no hay manera
De ser importante un hombre.
Así dice mi mujer,
Y en su criterio me fundo.
¡Si ella, que es mujer de mundo,
No sabrá lo que ha de hacer!
Vestidos, bailes, carruajes....
Es caro, pero es corriente....
¿Qué mujer medio decente
No gasta al día dos trajes?
Y más, si á un rostro hechicero

Une un talento sin tasa,
¿Se va á estar metida en casa
Haciendo hervir el puchero?
Y esa Gertrudis recela
Y gruñe.... ¡Vaya un cariño!
¡Piensa que soy siempre el niño
Que ella llevaba á la escuela!
¡Recelar! ¿De quién podría?....
¿Del Conde?.... Anoche me dijo
Que por llamarse mi hijo
Toda su sangre daría.
¡Él! Imposible.... ¿Y Gaspar?
Quiere á Lola.... Bueno fuera....
¡Pero si ese se atreviera,
¿De quién se iba uno á fiar?
Dar abrigo á tan cruel
Sospecha fuera indiscreto.
¿Quién no siente algún respeto
Hacia la luna de miel?
¡Pobre Emilia! Yo en su cara
Leo bien cuánto me quiere.
Si la calumnia la hiere,
Mi confianza la ampara.

ESCENA IV.

FERNANDO.—LOLA.

LOLA. (Dentro.) ¡Papá!
FERN. Es la voz seductora
Del buen ángel de mi hogar.
LOLA. (Asomando el rostro por el cortinaje.)
¡Papá!
FERN. Así suele asomar
Entre celajes la aurora.
LOLA. No hay nadie.... Logré mi intento....
(Acercándose á él con cariñosa coquetería.)
Dame un beso.
FERN. Mil te diera....
LOLA. Vengan, pues.
FERN. Si no temiera
Manchar tu faz con mi aliento.

LOLA. Bien te viene esa ladina
Lisonja para excusarte.
Lo que temes es mancharte....
FERN. ¿Con qué?
LOLA. Con mi *Velutina*.
¿No?
FERN. Puede ser.
LOLA. ¿Soy yo boba?
FERN. Tal os llegáis á estucar,
Que el besaros es besar
En la pared de una alcoba.
LOLA. ¿Te enfada?
FERN. No: mas te juro
Que es tu cutis sonrosado
Sin ese afeite prestado,
Más trasparente y más puro.
LOLA. Pues, mira, si te incomoda,
Vóime al punto á desteñir.
FERN. No, hija, no, que hay que rendir
Forzoso culto á la moda;
Y eres tú sacerdotisa
De esa tirana deidad.
No hay más que verte.
(Contemplando su elegancia con deleite.)
LOLA. (Con coquetería, luciendo su traje.) ¿Verdad?
¡Aunque anduve tan de prisa
Para vestirme!....
FERN. Áun así,
¿Quién al verte negará
Que la reina de Sabá
Tuviera envidia de ti?
Ángel sin alas pareces.
LOLA. Eso me dice *Asmodeo*
En sus revistas.
FERN. Lo creo,
Porque eso, y áun más, mereces.
LOLA. Gracias al gusto exquisito
De Emilia, parezco bella
Y elegante.
FERN. Gracias á ella....
Y también á tu palmito.
LOLA. ¿Quieres burlarte de mí?
FERN. Más quizá se burlaría

Quien anoche me decía
Que estaba loco por ti.

LOLA. ¡Ay! ¿Quién era? ¿Dónde fué?

FERN. Adivínalo.

LOLA. Adivino.
Joven, delgado, cetrino,
De ojos negros.... ¡si lo sé!
Deja que en su bien arguya;
Pues con tal afán me adora,
Que no ve llegar la hora
En que ha de llamarme suya.

FERN. Ese entusiasmo me agrada;
Mas no cuadran bien las señas.

LOLA. ¡Bah! ¡Que no! ¡Como te empeñas
En hacer que no ves nada!

FERN. Con sinceridad lo digo.

LOLA. Bien. Primero, dime en dónde
Le viste.

FERN. En casa del Conde
De Villaroya, mi amigo.

LOLA. ¿Á qué hora?

FERN. Á las nueve.

LOLA. (Displicente, aparte.) ¡Oh!

FERN. Su nombre ilustre....

LOLA. No acabes.
Si es nombre ilustre, ya sabes
Que no he de llevarle yo.

FERN. ¿Por qué?

LOLA. La carta postrera
Del tío Román lo asegura.
«Que sea tu igual procura
Quien para mujer te quiera.»

FERN. ¡Cosas de él! ¡Extravagante!

LOLA. ¡No hables de tu hermano! ¿Entiendes?
(Con fingida y pueril gravedad.)

FERN. Veremos si le defiendes
Cuando le tengas delante.

LOLA. Hoy mismo llega.... y verás
Qué bien me voy á entender
Con él.

FERN. ¿Es que has menester
Algún cómplice quizás?

LOLA. ¡Yo!

FERN. Permite que así arguya,
Pues hay quien tanto te adora,
Que no ve llegar la hora
En que ha de llamarte suya.
LOLA. ¿Me echas en cara?....
FERN. Yo soy
De tus palabras fiel eco....
¿Quién es él? Algún enteco
Mozalbete, algún....
LOLA. (¡Estoy
Abrasada!)
FERN. Pues haz cuenta
Que nunca le has conocido;
Que ha de tener tu marido
Noble sangre ó buena renta.
Son precisas condiciones
De quien aspire á tu mano.
Si no piensa así mi hermano,
Se volverá á sus terrones.
LOLA. ¿Has llegado á sospechar?....
FERN. Basta.
LOLA. Callo. (Si mi tío
No me da amparo.... ¡ay Dios mío!
¡Pobre de mí.... y de Gaspar!)

ESCENA V.

DICHOS.—EMILIA, elegantísima.

EMILIA. ¡Juan! (Juan aparece en el fondo.)
¡Que enganchen!
JUAN. ¿La berlina?
EMILIA. El landó.
JUAN. ¿Qué tronco?
EMILIA. El bayo. (Vase Juan.)
(Á Fernando, que la contempla embelesado.)
¿Qué haces?
FERN. Arder bajo el rayo
De tu mirada divina.
EMILIA. (Tendiéndole una mano que él besa.)
¡Siempre bueno!
FERN. ¡Siempre hermosa!
EMILIA. Sólo por ti serlo quiero.

FERN. ¡Y hay quien dice que el dinero
Es cosa vil!.... No. ¡Es gran cosa!
EMILIA. ¿Verdad?
FERN. Dudarlo es locura
En quien ve tanta belleza.
Si da virtud la pobreza,
La riqueza da hermosura.
EMILIA. Muchos, sin embargo, chillan
Contra el oro.
FERN. Sin razón;
Que oro y hermosura son
Dos soles que á un tiempo brillan.
Y si hay quien de sus reflejos
Maldice con ceño torvo,
No es que le sirvan de estorbo,
Sino que los ve de lejos.
EMILIA. ¡Ah, Fernando!
(Volviéndose á Lola.) No sé yo
Cómo le hemos de pagar....
¡Si digo que has de llegar (Á Fernando.)
Á ser un hombre de pro!
El Conde me lo ha jurado,
Y él no falta á lo que jura.
En esta legislatura
Vas á salir diputado.
FERN. Todo está ya convenido.
LOLA. ¡Ay! ¿De veras? ¡Qué alegría!
Supongo que en ese día
Estrenaré algún vestido.
JUAN. (Desde el fondo.)
¡El coche!
EMILIA. Está bien. (Vase Juan.)
FERN. ¡Qué! ¿Váis
De visitas?
EMILIA. Dos ó tres
De cumplido.
FERN. Vaya, pues
Si está el coche, ¿en qué pensáis?
EMILIA. Como hemos de ir un momento
Á alguna tienda...
FERN. Ya estamos....
¿Te hace falta...?
(Como quien va á sacar dinero de la cartera.)

EMILIA. No. Esperamos
Á Gaspar.
FERN. (Con disgusto.) ¡Eh!
EMILIA. ¡Qué elemento
Es ese joven simpático!
No te puedes figurar....
FERN. Sin embargo, el tal Gaspar
Me va siendo ya antipático.
EMILIA. ¡Cómo!
FERN. Nada; se acabó.
Es que me causa disgusto
Verle á todas horas....
EMILIA. Justo.
Porque se lo mando yo.
FERN. ¡Mujer!
EMILIA. ¡Hombre!
FERN. (Bueno va.)
EMILIA. ¿Pues no es su tío—¡inocente!—
El hombre más influyente
Del distrito de Alcalá?
FERN. ¡Calle! ¡Es cierto!
EMILIA. ¡Desdichado!
¿No sabes....
FERN. Soy un beduíno.
EMILIA. Que acariciando al sobrino
Te hará el tío diputado?
FERN. Basta. (Confunda el Señor
De Gertrudis las malicias.)
Mas, por Dios, que esas caricias
No sean cosa mayor.
EMILIA. ¡Bobo! (Dándole con el abanico en la cara.)
FERN. Lo estoy como un niño
De admirar tu entendimiento.
EMILIA. ¡Bah!
FERN. Me vences en talento,
Mas yo te venzo en cariño.

ESCENA VI.

DICHOS, y GASPAR.

GASP. ¿Llego á buena hora?
FERN. Adelante,

Querido mío. ¿Qué tal?

GASP. ¿Y ustedes? (Dando la mano á todos.)

EMILIA. Muy bien.

LOLA. (Aproximándose á él.) (Muy mal.)

GASP. (¿Pues?)

LOLA. (Porque eres un tunante.)

FERN. Ya le esperaban á usted
Con impaciencia.

LOLA. (¿Te enteras?)

EMILIA. Es que estimamos de veras
Á Gaspar.

GASP. ¡Tanta merced!

FERN. ¿Y el tío?

GASP. Precisamente
Es él quien me ha entretenido.

FERN. Sí, ¿eh? (Con satisfacción.)

GASP. Como que he reñido
Con él....

EMILIA. ¡Usted!

GASP. Ferozmente.

FERN. ¡Con un tío!

GASP. Es un tío lila....

FERN. ¡Hombre!

GASP. Se empeña en tratarme
Como á un quinto.... y en casarme
Con su *graciosa* pupila.

LOLA. ¡Ay! ¡ay!

FERN. ¿Qué es eso?

LOLA. No es nada;
Que me he pinchado. (¡Ah, traidor!)

GASP. ¡Casarme.... cuando otro amor
Me tiene el alma embargada!

FERN. (¿Qué está diciendo?) Yo creo,
Sin embargo, que el deber
Le ordena á usted someter
Á su interés su deseo.
Cuando el tío lo propone,
tendrá razones.

GASP. No á fe.

LOLA. ¡Tirano!

EMILIA. Sí lo es el que
De amor ajeno dispone.

FERN. ¡Emilia! ¡Lola!

LOLA. ¡Oh! sí.
GASP. Sí.
Tan justa opinión merece
Mi gratitud.
FERN. (Me parece
Que estos se burlan de mí.)
Dudo de que esa opinión
Tenga racional defensa.
EMILIA. En esto cada cual piensa
Conforme á su corazón.
FERN. (¡Dale!)
LOLA. Es verdad.
FERN. ¡Tú también!....
EMILIA. ¡Debate más enojoso!....
¡Ea! vamos....
(Gaspar le ofrece el brazo. Emilia, cogida ya de él, saluda con el abanico. Lola va detrás.)
Caro esposo.... (Saluda.)
FERN. Cara esposa.... (Vanse.)

ESCENA VII.

FERNANDO, luego JUAN.

FERN. Está muy bien.
Así pagan mi bondad
Y mis continuos afanes....
Conciba usted luego planes
De brillo y prosperidad,
Para que ellas—¡mal pecado!—
Den alas á un mozalbete,
Que así de rondón se mete
En el ajeno cercado.
JUAN. (Por el fondo, con una bandeja de plata y cartas.)
¡Señor!
FERN. (Sin oirle.) Pero, en fin, yo creo
Que el ser condesa le hará
Mucha gracia.
JUAN. ¡Señor!
FERN. Ya
Te oigo. ¿Qué es eso?
JUAN. El correo.

FERN. Venga. (Abre varias cartas.)
Y enciende al instante
La chimenea.

JUAN. En seguida.
(Entra en el despacho.)

FERN. (Al ver una carta.)
¡Oiga! ¿Del Conde? ¡Por vida!
¿Si habrá habido algún bergante
Que nos malogre el negocio?
(Lee para sí.)
¡Oh! ¡no!—«Todo está arreglado:
(Leyendo alto.)
Tenga usted ya preparado
El depósito.»—¡Gran socio!—
«La subasta será mía
Yendo á mi nombre.»—Evidente.—
«Si no hubiera inconveniente,
Yo mismo recogería
Los valores....»—¿Qué ha de haber?—
«Y pues sabe lo que pasa,
Espéreme usté en su casa,
Si no tiene usté que hacer.»
—¡Soberbio! Todo se aduna
En mi favor con exceso.
Me sentaré en el Congreso,
Y aumentaré mi fortuna.
Es un sér providencial
Este Conde para mí....
Bien que lograr quiere así
La dicha matrimonial.

JUAN. (Sale.) Ya está encendida.

FERN. En buen hora.

JUAN. (¡Qué cara de pascua tiene!)

FERN. (Desde la puerta del despacho.)
¡Ah!

JUAN. ¡Señor!

FERN. Si el Conde viene,
Hazle pasar sin demora. (Vase.)

ESCENA VIII.

JUAN, solo.

Pues, señor, vaya un afán
Que aquí ese Conde inspiró.
Forzoso será que yo
Me entienda con don Román.
Dicen que este es generoso,
Y yo del Conde estoy harto,
Pues tras de no darme un cuarto,
Él se arregla, y yo hago el oso.
No sabe él que yo he grabado
Su existencia en mi memoria,
Y que conozco la historia
De su célebre condado....
Y, en fin, que si el lugareño
Me peta, y la mosca alarga,
Le cae al Conde una carga
Que le ha de quitar el sueño.

ESCENA IX.

D. ROMÁN.—GERTRUDIS, y dos mozos con equipaje por el fondo.—JUAN.

GERT. Por aquí.
ROMÁN. Bueno, mujer.
Si estás hecha una muchacha,
Más ágil que una peonza,
Y más fresca que una escarcha.
GERT. ¡Y usted siempre igual!—Vosotros,
(Á los mozos)
Descargad ahí dentro.—Tú, anda,
(Á Juan)
Acompáñalos.
JUAN. Ya voy.
(Á D. Román, como saludándole.)
Conque usted, bien, ¿eh?
ROMÁN. Se campa.
Mira; toma la cartera, (Se la da)

Y esta otra cosa (La cantimplora): es mi alhaja.
Cuidado no se derrame,
Que aún viene casi mediada,
Y es de lo fino.

JUAN. Ya entiendo.
Bala rasa.

ROMÁN. Bala rasa.

JUAN. (Observando á D. Román con detenimiento.)
(Este es mi hombre.)

ROMÁN. Yo no viajo
Sin esa buena compaña.

JUAN. Muy bien hecho. (Por de pronto,
Me llena el ojo su estampa.)
(Juan se va izquierda, por donde han ido los mozos.)

ROMÁN. Pero, hija, no vuelvo en mí
Desde que he entrado en la casa.
¡Qué lujo por todas partes!
¡Qué escaleras y qué salas!
¡Si es un palacio encantado!

GERT. Así estoy yo de encantada.

ROMÁN. Mi hermano debe de ser
Un personaje de talla.

GERT. ¡Ay, señor! Es un bendito....
Que merecía una albarda.

ROMÁN. ¡Gertrúdis!

GERT. Perdone usted;
Pero como soy tan clara....

ROMÁN. ¡Le tratas de un modo!....

GERT. Usted
Verá pronto lo que pasa,
Y entonces....

ROMÁN. Bien; pero ¿es cosa
Que le afrenta, ó que le causa
Perjuicio en sus intereses,
Ó en los de Lola, mi ahijada?

GERT. Todo junto.

ROMÁN. Echa, mujer.

GERT. Esto ya no lo levanta
Ni la paz y caridad,
Señor don Román.

ROMÁN. ¡No es nada
Lo del ojo!

GERT. Aquí se vive

Entre mentiras y farsas.
La mujer, derrochadora
Y algo más que casquivana,
Está educando á la niña
De tal modo, que da lástima.
El señor todo lo sufre
Y lo aplaude, hecho un baldragas,
Y hay un Conde de por medio
Que debe ser una alhaja....
En fin, es hombre de historia,
Y él entra y sale en la casa
Como el amo.... Usted verá,
Señor don Román del alma;
Esto dará un estallido
Á la hora menos pensada.

ROMÁN. (Preocupado.)
Bueno: vete.

GERT. ¿Aviso?

ROMÁN. No.

GERT. Está en el despacho.

ROMÁN. Basta;
Déjame.
(Juan y los mozos salen de la habitación izquierda, y se van por el fondo con Gertrudis.)

GERT. (El pobre lo siente.
Es natural.)

JUAN. (Á un mozo dándole dinero.)
Toma....

MOZO. Gracias.
(Se van fondo.)

ESCENA X.

D. ROMÁN.—JUAN.

ROMÁN. (Á Juan.)
Oye tú.

JUAN. Mándeme usted.

ROMÁN. Las mujeres son muy malas,
¿No es verdad?

JUAN. ¡Psch!.... Conocí
Una moza en Salamanca,

Que estafaba á un prestamista,
Y á un escribano engañaba.
En Cádiz tuve una novia
Que parecía una santa,
Y averigüé que vivía
Con cierto cabo de vara,
Que al fin reventó de un palo,
Que le atizó su adorada.

ROMÁN. Pues, mira, también yo en Trillo
Conocí una buena alhaja,
Que si no me volvió loco
Con su trastienda y su labia,
Fué porque á tiempo y con pulso
Hice una gran retirada.
Mas lo que quiero decirte
Es que, por lo visto, en casa
Deben estar las mujeres,
Como las cosas de España,
Revueltas.

JUAN. Bien puede ser.

ROMÁN. Esa vieja condenada
Que ha salido de aquí ahora,
Me ha puesto hecho una guitarra.
Todos mis nervios están
Bailando una contradanza,
Y siento así como impulsos
De romperle á alguno el alma.

JUAN. Si no es á mí.... (Echándose atrás.)

ROMÁN. ¿Qué demonio
Ha metido aquí la garra?
¿Es verdad lo que Gertrudis
Me ha dicho?

JUAN. Gertrudis charla....
Como que es mujer, y es vieja,
Y no tiene que hacer nada....
Pero ella, señor, no sabe
La mitad de lo que pasá....

ROMÁN. Dice que un Conde....

JUAN. Á ese Conde
Le he servido yo.

ROMÁN. ¡Tú!

JUAN. ¡Vaya!
Le conozco bien; mejor

De lo que él piensa; mas paga
Los servicios que se le hacen
Con tanta miseria y tanta....
Y luego aquí don Fernando
Se ha entregado en cuerpo y alma
Á ese hombre; y ¿quién tiene pecho
Para decirle la trama
Que puede armarle?.... y, en fin,
La señora también anda
De por medio....

ROMÁN. ¡Mil centellas!
Con esas medias palabras
Das á la sospecha todo
Lo que á la evidencia falta.
Si para hablarme más claro
Necesitas oro.... (Dándoselo. Juan lo toma.

JUAN. Basta,
Don Román.... Pueden oirnos....
Y yo no sé si me llaman....

ROMÁN. Pero....

JUAN. ¡Paciencia! Y al cabo
Usted me dará las gracias. (Vase derecha.

ESCENA XI.

D. ROMÁN, solo.

¿Á que cojo la maleta
Y como perro con maza,
Sin ver á nadie me vuelvo
Caminito de mi Alcarria?
¿Á que si me quedo y noto
Que es verdadera esa mácula,
Ó le salto un ojo á alguno,
Ó prendo fuego á la casa?
¿Á que....?

ESCENA XII.

D. ROMÁN.—EL CONDE.

CONDE. Avise usté al señor.

ROMÁN. ¿Quién? ¿Yo? No me da la gana.

CONDE. ¡Me gusta la cortesía!
ROMÁN. ¡Me gusta la confianza
CONDE. Usté ignora que yo tengo
Derecho á entrar en la casa.
ROMÁN. Pero usté ignora que yo
No soy ayuda de cámara.
CONDE. Pues será usté mayordomo;
La diferencia no es tanta....
ROMÁN. ¡Mayordomo! mayorazgo
Querrá decir el muy maula,
Que aunque el traje en que me ve
No es modelo de elegancia,
Para conocer quién soy,
Con mirarme al rostro basta.
(Míranse un momento en silencio.)
CONDE. (¿Dónde he visto á este paleto?)
ROMÁN. (¿Dónde he visto yo esa cara?)

ESCENA XIII.

DICHOS.—FERNANDO.

FERN. Pero ¿qué sucede?.... ¡Oh! ¡Conde!
¿Era usté quien regañaba?....
CONDE. Con el señor....
FERN. (Viendo á Román.) ¡Calle! ¿Tú,
Tú aquí, y sin decirme nada....?
¡Siempre raro! Echa esos cinco.
ROMÁN. Los brazos con vida y alma.
FERN. Mi hermano Román. Presentándolo.)
CONDE. Le pido
Mil perdones. Yo ignoraba....
ROMÁN. Excuse usté cumplimientos.
Eso á cualquiera le pasa.
FERN. El Conde de Villaroya.
ROMÁN. Muy señor.... (¡Este es el mandria!)
FERN. Diputado é inspirador
Del primer diario de España:
Del *Sol*.
ROMÁN. (El que más calienta.)
CONDE. Que ofrezco á usté.
ROMÁN. Muchas gracias.

CONDE. He hablado hoy con el ministro,
Y él da por asegurada
La elección de usté.
FERN. ¡Qué escucho!
¿Cómo pagarle?....
CONDE. Mañana
Haré que empiece la prensa
Ministerial su campaña
En favor de usted.
FERN. ¡Dios mío!
¿Oyes, Román?
ROMÁN. ¡Qué! ¿Que tratas
De ser diputado? Bueno;
Tú no has de decir palabra;
De modo que harás lo mismo
Que los que sirven el agua.
FERN. Te equivocas.
CONDE. Por completo.
ROMÁN. Será una sorpresa grata
Para mí.
FERN. Verás cómo hablo.
CONDE. ¡Justo! Verá usted cómo habla.
ROMÁN. (Dirá *mu*....)
CONDE. Después de todo,
Con una dosis de audacia
Y otra dosis de memoria,
Ya se puede sentar plaza
De orador parlamentario;
Y si hay que darle importancia,
Basta que la prensa toque
La trompeta de la fama.
ROMÁN. Valiera más que tocase
El cuerno de la abundancia.
CONDE. En nuestro tiempo, la gloria
Es de la riqueza hermana.
Por eso un buen orador
De ser ministro no escapa,
Ni un militar sin escrúpulos,
Pero con arranque y maña,
Deja al cabo de lucir
Entorchados en la manga.
ROMÁN. ¿De suerte, que á lo mejor
Se puede encontrar la patria

Con que mi querido hermano
De hacerla feliz se encarga?

CONDE. ¿Por qué no?

ROMÁN. Pues yo aseguro
Que si tal caso llegara,
Sería un lince el que á mí
Me viese el pelo en España.

CONDE. ¡Qué broma!

ROMÁN. Mucho.... aunque á veces
Suelo tenerlas pesadas.
Por ejemplo....

FERN. ¡Román!

ROMÁN. Callo.
(Se me corre la romana....)

CONDE. Déjele usted. Le confieso
Que á mí me hace mucha gracia.

ROMÁN. (Y tú á mí no.... Pero, vamos....
¿Dónde he visto yo esa cara?)

CONDE. (Á Fernando aparte.)
¡Ah! ¿Recibió usted mi esquela?

FERN. Hace un rato.

CONDE. La subasta
Está encima, y hay que hacer
El depósito mañana.

FERN. ¡Dos millones!

CONDE. Efectivos.

FERN. Mucho es.

CONDE. ¿Para usted?

FERN. ¡Caramba!
Como que con eso arrojo
La casa por la ventana.

CONDE. Pero un negocio seguro....

FERN. Es ferro-carril, y basta.

CONDE. Solamente con la prima
Haremos nuestra jugada.

ROMÁN. (¿Qué hablarán?)

CONDE. Sólo que insisto
En que el depósito lo haga
Yo mismo y bajo mi nombre.
Es condición que reclama
La Compañía....

FERN. Si digo
Que hemos de tener zanjada

La cuestión de aquí á la noche.

CONDE. (¡Qué bien el diablo prepara
Sus cosas!) (Á Román.) Conque... celebro
La ocasión afortunada
De conocerle, y desde hoy
Disponga usted de mi franca
Amistad.

ROMÁN. Lo mismo digo.
(Lo que digo es que me cargas.)

CONDE. Adiós, don Fernando.

FERN. (Acompañándole.) Adiós.

CONDE. Hasta la noche.

FERN. Sin falta.

(Vase el Conde.)

ESCENA XIV.

ROMÁN.—FERNANDO.

ROMÁN. Nada: no recuerdo dónde,
Mas yo he visto á ese tunante.

FERN. ¡Román, por Dios!

ROMÁN. No te espante
Si llamo tunante al Conde:
Pues sin ser muy avisado,
Bajo este aspecto sencillo
Cualquiera ve que hay un pillo...

FERN. ¡Dale!

ROMÁN. Un pillo redomado.

FERN. ¿Quieres callarte?

ROMÁN. Pero, hombre,
¿Qué hago yo después de todo?
Quitarle al Conde el apodo,
Y llamarlo por su nombre.
¿Es delito la franqueza?

FERN. Es delito la injusticia.
¿Tiene acaso la malicia
Privilegios de certeza?
En cuanto se eleva alguno,
De tal suerte el mundo está,
Que en seguida se le da
Certificación de tuno.
Así nuestra vida exprimen

Los que dan por cosa cierta,
Que ya no existe más puerta
De la fortuna que el crimen.

ROMÁN. Y no andan descaminados,
Á lo que á mí me parece;
Pues poco prospera y crece
Fortuna de hombres honrados.
Yo, si el mundo alguna vez
He examinado; ¡por Cristo!
Pocas fortunas he visto
Labradas por la honradez.

FERN. Eso dice la impotencia.

ROMÁN. Eso dice el buen sentido:
Para medrar, siempreha sido
Gran estorbo la conciencia.

FERN. Tengas, pues, ó no razón,
Debo advertirte, por mí,
Que el Conde ha de hallar aquí
Respeto y estimación.
Me interesa su amistad
Y necesito su amparo,
Y aunque haya en él algo raro
Y un poco de oscuridad
En sus negocios, no importa;
Que él maneje su registro,
Con tal que llegue á ministro
Á la larga ó á la corta.

ROMÁN. Y entonces de ti no hará
Maldito el caso, de fijo.

FERN. Ó entonces querrá ser hijo
De este petate quizá.

ROMÁN. ¡Eh! ¡La mano de mi ahijada
Le darías tú!... ¡Insensato!

FERN. ¿Y por qué no?

ROMÁN. Antes lo mato,
Lo mato de una puñada.

FERN. Callemos.

ROMÁN. Mejor es eso.

FERN. ¡Sin conocerle le toma
Tal aversión....!

ROMÁN. Pura broma,
Que le ha de costar un hueso.

FERN. ¿Mas sabes, en conclusión,

Algo de él que le denigre?
ROMÁN. Hombre, sé que muerde el tigre,
Y sé que engaña el bribón.
FERN. ¿Y lo es él?
ROMÁN. Lo juraría....
(Emilia y Lola vienen por el fondo. Al ver á Emilia dice Román.)
Lo juro, ¡por Lucifer!
¿Quién es aquella mujer?
FERN. ¿Aquella mujer? La mía.
ROMÁN. ¡La tuya!.... Ya estoy andando;
Mi maleta.
FERN. ¡Loco está!....

ESCENA XV.

DICHOS.—EMILIA.—LOLA.

LOLA. ¡Tío!
ROMÁN. (Volviéndose). ¿Es Lola?
LOLA. ¡Tío!
ROMÁN. (Abrazándola con efusión). ¡Ah!....
No la mereces, Fernando.
EMILIA. (Aparte.) (¡Ese hombre!.... ¡Es él!....)
ROMÁN. Yo bendigo
Este viaje, malo y todo,
Pues Dios hace aquí de modo
Que te has de venir conmigo.
EMILIA. (¡Disimulo!)
ROMÁN. ¿Conque usté
Es mi.... hermana?
EMILIA. Y servidora.
ROMÁN. ¿No recuerda usted, señora,
Haberme visto?
EMILIA. No, á fe.
ROMÁN. ¿Que no? En Trillo: hace seis años....
Iba usted acompañada
De un caballero....
EMILIA. ¡Bobada!
Si yo no he tomado baños
En mi vida.
ROMÁN. ¿De verdad?
(A ella aparte.)

Pero, entonces, ¿cuándo y dónde
La he visto á usted con el Conde
En perfecta intimidad?

EMILIA. ¡Ja, ja, ja!

ROMÁN. (¡Si haré yo el oso!)

EMILIA. ¡Qué alegre y qué campechano!
(Á Fernando.) Querido mío, tu hermano
Es un hombre delicioso.

ROMÁN. Conque no es....

EMILIA. Su buen humor
Me seduce....

ROMÁN. (¡Carambola!
¿Me habré equivocado?)

EMILIA. Lola....
Con permiso del señor. (Ademán de irse.)

ROMÁN. ¡Ea! Señora cuñada,
Veamos aquí primero
Quién es usted....

EMILIA. Caballero,
Para broma es ya pesada.

ROMÁN. Es que no estoy bromeando.

EMILIA. Mejor para no olvidar
Que debe usted respetar
Á la esposa de Fernando.
(Vanse puerta lateral.)

ESCENA XVI.

ROMÁN.—FERNANDO.

ROMÁN. Me ha aplastado....

FERN. ¡Ya se ve!
Pero, ¿me podrás decir
Qué te has propuesto al venir
Á esta casa?

ROMÁN. No lo sé.

FERN. Pues yo tu cordura invoco,
Y á tu discreción apelo....

ROMÁN. Haces bien.... Aunque recelo
Que váis á volverme loco.
Mas ¡por la Virgen piadosa!
Loco y todo, yo te digo

Que es un pillastre tu amigo,
Y tu mujer....

FERN. (Sin querer oirle, y volviéndole la espalda.)
¡Cualquier cosa!

(Vase por una puerta lateral rápidamente, mientras Román se queda indicando con los gestos que su hermano ha dicho la verdad sin querer.—Telón.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ROMÁN. — GERTRUDIS.

ROMÁN. Buenos días.
GERT. Dios le guarde,
Señor don Román.
ROMÁN. Y á todos,
Porque harto hemos menester
De que nos guarde á unos de otros.
GERT. ¿Está usted enfermo?
ROMÁN. Estoy
Llevado de los demonios.
GERT. ¡Jesús María!
ROMÁN. ¡Por fuerza!
Me he metido hasta los codos
En este infierno....
GERT. Es verdad;
Ya lo dije yo.
ROMÁN. ¡Oh villorrio
De mi vida! Á ti me vuelvo,
Que no eres jaula de locos,
Ni guarida de bribones,
Ni bazar de almas de corcho.
GERT. ¿Se marcha usted?
ROMÁN. Como pueda,
Mañana mismo.
GERT. ¡Tan pronto!
ROMÁN. Si estoy aquí un día más,
Doy el estallido gordo.
En Madrid, y en esta casa,
No puedo vivir; me ahogo.

Por Lola, por esa niña
Lo siento, por ella sólo;
Pues ni mi hermano merece
Que yo le otorgue mi apoyo.

GERT. Ya lo dije yo.

ROMÁN. Estarán
Descansando aún, supongo.

GERT. Sí, señor.

ROMÁN. ¡Claro! ¡Después
De una noche de jolgorio
En casa de ese buen Conde,
Que es un truhán de tomo y lomo!....
¡Vamos! Si sólo en pensar
Cómo hace mi hermano el oso
Por ese hombre.... me dan ganas
De contarle.... No; y conozco
Que no va á haber más remedio;
Pues que hay algo vergonzoso
Entre mi cuñada y él,
Es indudable.

GERT. Si todos
Lo dicen ya, y le señalan
con el dedo.

ROMÁN. Y ciego y tonto,
Le fía sus intereses,
Le da parte en sus negocios,
Y, en fin, hasta ha proyectado
Darle á Lola en matrimonio.

GERT. ¡Qué atrocidad!

ROMÁN. ¡No lo sabes
Tú bien! Ese hombre es un monstruo.

GERT. Pues qué, ¿ha averiguado usted
Algo de él?

ROMÁN. ¿Algo? No; todo.

GERT. ¿Y qué?

ROMÁN. Nada.... que, á la postre,
si no me voy, lo acogoto.

GERT. ¡Ay! Pues no se vaya usted.

ROMÁN. ¿Le quieres mucho?

GERT. Le adoro.
¿Y va usté á marcharse ahora,
Dejándonos á ese lobo
En el redil, con peligro

De que nos devore á todos?
ROMÁN. No sé qué hacer. ¡Mil centellas!
GERT. Háblele usted, por de pronto,
Á ver si al menos le obliga
Á que arregle sus negocios,
Y ponga orden en la casa
Y se eche fuera ese estorbo.
ROMÁN. ¡No me hará caso!
GERT. ¡Quién sabe!
ROMÁN. Soy su hermano, y le conozco.
Es débil con todos, pero
Con los pillos sobre todo.

ESCENA II.

DICHOS.—LOLA.

LOLA. ¡Padrino!
ROMÁN. ¡Calle! ¿Madrugas?
No digas más: tienes novio.
LOLA. Lo habrá dicho esa habladora.
ROMÁN. ¡Y qué!
LOLA. Que ha hecho bien. Más pronto
Ó más tarde, al fin, que usted
Lo supiera era forzoso.
ROMÁN. Y también sé que tu padre,
Que es un solemne bolonio,
Un buen pájaro de cuenta
Te ha buscado por esposo.
LOLA. Ya me lo ha dicho, y por eso
De usted el auxilio invoco.
¡Ay, tío del alma mía!
¿Nos prestará usted su apoyo?
ROMÁN. Contra ese que te propone
Daría yo auxilio á un moro.
LOLA. Pero Gaspar es cristiano,
Y muy decente: de modo
Que puede contar....
ROMÁN. Sin duda.
Yo bajo mi amparo os tomo,
Y, ó ganamos la batalla,
Ó nos degüellan á todos.

GERT. Gracias á Dios que le veo
Con ánimo.
ROMÁN. Me remozo
Al contacto de estas flores
De la vida.
LOLA. Espere un poco,
Y voy á llamarle.
ROMÁN. ¿Á quién?
LOLA. Á Gaspar.
ROMÁN. ¡Hola! ¿Está el mozo
Por ahí?
GERT. Si al pobre chico
Lo tiene esta niña bobo.
(Lola le ha hecho una seña, y viene Gaspar.)

ESCENA III.

DICHOS.—GASPAR.

LOLA. (Á Gaspar.) Nos protege.
ROMÁN. Señor mío,
(Le contempla un momento)
Me gusta usted.
GASP. ¿De verdad?
ROMÁN. Cuente usted con mi amistad.
(Le da la mano.)
GASP. Gracias. (Á Lola ap.) (Tienes un gran tío.)
ROMÁN. Que habrá obstáculos sospecho
Para su amor: mas no importa;
Á la larga ó á la corta,
Yo haré que esto ande derecho.
¿Qué es usted?
GASP. Nada.
LOLA. ¡Ay qué tonto!
Será médico.
GASP. Sí.
ROMÁN. ¿Alópata?
GASP. ¡Pues!
ROMÁN. No, señor: homeópata,
Y tendrá usted coche pronto.
GASP. Como usted guste; es igual.

ROMÁN. ¡Hombre! ¡Qué fe!
GASP. No es extrema.
Pero ¿qué importa el sistema?
Todo es matar bien ó mal.
ROMÁN. Perfectamente; ya veo
Que es usted mozo que vale,
Y si la cuenta no sale
Conforme á nuestro deseo,
Cuando usté haya concluidó,
Se casa usté en paz.... ó en guerra,
Y me lo llevo á mi tierra
De médico de partido.
LOLA. ¿Y allí hay trajes bien cortados,
Y coches, y?....
ROMÁN. Nada de eso:
Allí hay mujeres con seso,
Y con los piés muy parados.
LOLA. ¡Qué fastidio!
ROMÁN. No lo creas.
LOLA. Mal vestidas las mujeres,
Son feas.
ROMÁN. Tú sí que lo eres
Con semejantes ideas.
Allí sólo viste el suelo
Su gala deslumbradora:
Allí verás á la aurora
Pintar de nácar el cielo.
Y con trinos y armonías
Las aves, por la mañana,
Irán siempre á tu ventana
Á darte los buenos días.
LOLA. ¿Y no más que eso promete
Aquella tierra?
ROMÁN. No más:
Ni pienses que allí tendrás
En las comidas sorbete.
LOLA. ¡Bah!
ROMÁN. ¿Te disgusta?
LOLA. Quisiera
Menos privación.
ROMÁN. ¡Mal signo
¡Pues al Conde!
LOLA. ¡Ah! Me resigno

Á todo lo que usted quiera.
ROMÁN. Eso es otra cosa.
GERT. ¡Chito!
Que viene el amo.
ROMÁN. Y gruñendo.
GERT. (Á Lola.) Usted por allí. (Puerta derecha.)
LOLA. Ya entiendo.
GERT. Y por allí Gasparito. (Foro. Se van los dos.)

ESCENA IV.

ROMÁN.—GERTRUDIS.—FERNANDO.

ROMÁN. ¡Hola! ¿Hay nubes? ¿Hay amago
De alguna grave tormenta?
¿Qué es eso?
FERN. Nada: una cuenta....
He dicho mal.... un estrago.
Á tal modo de gastar
No hay capital que resista.
ROMÁN. Para un futuro estadista
Es un gasto regular.
FERN. Eso; búrlate en buen hora.
ROMÁN. Pues ya que gustas del brillo,
Abre sin miedo el bolsillo
Á ese mundo que te adora.
Y para que más te alabe,
Ve con ánimo sereno,
Y echa mano de lo ajeno
Cuando lo tuyo se acabe.
GERT. Eso es lo mejor.
FERN. Ya escampa.
ROMÁN. Es el sistema obligado.
Vivir bien, como el Estado,
Del empréstito y la trampa.
GERT. Justo, justo.
FERN. ¡Voto va!
¿Quereis que la calma pierda?
Tanto tiráis de la cuerda,
Que al cabo se romperá.
ROMÁN. ¿No te quejas?
FERN. Sí.... á mi modo....

ROMÁN. ¿De quién?
FERN. No lo sé.
ROMÁN. Yo sí.
Te estás quejando.... de tí,
Que eres culpable de todo.
GERT. Tiene usted dos mil razones.
FERN. ¿Quieres callar?
ROMÁN. Esas quejas,
Significan que te dejas
Usurpar los pantalones.
Que tu mujer, que es muy lista,
Te tiene el seso sorbido,
Y tú piensas que has crecido
Hasta perderte de vista;
Y que apariencias brillantes
Y vanas te han ofuscado,
Y al fin te encuentras atado
Al yugo de los tunantes.
GERT. Eso es hablar sin rebozo
Y como un libro.
FERN. Ya estoy
Harto.... ¡Vete!
GERT. Bien; me voy....
(Á ver lo que hace ese mozo.) (Vase.)

ESCENA V.

ROMÁN.—FERNANDO.

FERN. Eres atroz.
ROMÁN. Chico, yo
Hablo siempre con franqueza;
Y pues por tu bien lo digo,
Si te duele, que te duela.
FERN. Pero hablar así delante
De esa condenada vieja;
Hoy mismo la echo de casa.
ROMÁN. Siempre la soga se quiebra
Por lo más delgado.
FERN. Vamos;

Que yo no sé quién tolera
Libertades de esa especie
De un inferior....

ROMÁN. No; si aciertas
En tu propósito, yo
También tomaré soleta
En seguida, y ya verás
Qué ancho y qué feliz te quedas.

FERN. ¿Tú?

ROMÁN. Sí.

FERN. Pero, hombre....

ROMÁN. Me marcho.
Esta vida me marea.
Aquí lo pasan muy bien
Los que no tienen vergüenza,
Ó tienen la habilidad
De vivir á costa ajena;
Los títulos petardistas,
Los ricachones de pega,
Los que brillan como duques
Y viven como culebras,
Arrastrándose á los piés
Del que les compra su afrenta.
Esto es para los políticos
Que á fuerza de charla medran;
Para los que hacen negocios
Con el Tesoro y la Hacienda,
Y presiden sociedades
Y son gerentes de empresas
Que devuelven en papel
El dinero que les prestan.
Esto es para tí, que sabes,
Con tu fortuna modesta,
Vivir y brillar lo mismo
Que un magnate de primera.
Mas no para mí, Fernando,
Que soy un señor de aldea,
Con los defectos de mi
Selvática independencia.
¡Si vieras tú lo que gozo
Con mi viña y con mi huerta!
Hace unos años planté
Lo menos ocho mil cepas,

Que ya en pomposo ramaje
De verde esmaltan la tierra.
Me dan abundante vino
Y ricas uvas de cuelga,
Y con los secos despojos
De sus sarmientos por leña,
Hago en la estación más cruda
Unas fogatas tremendas.
Allí, del hogar en torno,
Por la noche se congregan
Criados y jornaleros,
Que ríen, charlan ó rezan,
Mientras lentamente caen
Los copos de nieve fuera.
Engullen después tasajo
De cecina y habichuelas,
Todo lo cual digerido
Con aquél mosto que quema,
Les da tal vigor, que á un toro
Á puñadas lo revientan.
Vienen luego el cirujano,
El párroco y el albéitar,
Y armamos nuestra partida
De tresillo, de hora y media
Nada más, porque á las nueve
Todo cristiano se acuesta,
Y apenas despunta el alba
Ya estamos todos en vela.
Oimos Misa—costumbre
Que en el pueblo se conserva—
Todos los días rezada,
Y cantada los de fiesta,
Y en seguida cada cual
Va á ocuparse en sus faenas.
Se come á las dòce en punto;
Á las cinco se merienda:
Se caza de vez en cuando,
De vez en cuando se pesca.
Á todos los quiero, y todos
Me quieren á mí de veras,
Porque si algo necesitan,
Saben que Román les presta
Sin usura, que es para ellos

Peor que la filoxera.
Así en mi rincón lo paso,
En paz y en calma perpetuas...
Cielos francos, aires puros,
Almas sencillas y buenas....
Esto pido y esto tengo....
¿Á tí, en cambio, te molesta?
Pues quédate tú en la corte,
Que yo me vuelvo á la aldea.

FERN. Confieso que esas razones
Son más que fundadas bellas;
Pero si no tienes otras,
No me convenzo con esas.

ROMÁN. ¿Otras?

FERN. Dí. ¿Por qué ayer tarde
Soltaste airado la lengua
Contra Emilia? ¿Por qué noto
Que ella de ti se recela,
Y que una vez no la nombras
Sin que al nombrarla la ofendas?

ROMÁN. ¡Ofenderla!.... (¿Y quién le dice,
No habiendo más que sospechas?....)

FERN. Habla....

ROMÁN. ¿Qué he de hablar? Al cabo
Yo soy un paleto, y ella
Es una mujer de mundo,
Manirota, desenvuelta,
Capáz de volver tarumba
Á un San Antonio de piedra;
Y.... ¡Pues!.... No simpatizamos.

FERN. ¿Eso es hablar con franqueza?
Mira, Román: yo la quiero....
La adoro de tal manera,
Que aquí no hay más voluntad
Que la suya; que ella reina
Como señora absoluta,
Sin rival: mas si supiera
Que con algún fundamento
Andaba mi honor en lenguas,
Ó ella á mis manos moría,
Ó yo moría de pena.

ROMÁN. ¡Fernando! (¡Voto al demonio!
¡Estoy yo para ternezas!)

FERN. Habla, pues.
ROMÁN. Si no sé nada....
FERN. ¡Me engañas!
ROMÁN. ¡Yo! ¡Buena es esta!
FERN. Harás que de ti recele....
ROMÁN. Hombre: sé que hay quien atenta
Contra tu honor.... Que ella gusta
De encajes, joyas y sedas....
Mira en derredor de ti;
Estudia, repara, acecha....
EMILIA. (Dentro.) ¡Fernando!
FERN. ¿Y ella?
ROMÁN. Ahí la tienes.
¡Gobiérnate tú con ella! (Vase derecha.)

ESCENA VI.

FERNANDO.—EMILIA, por la izquierda.

FERN. (Sentándose. Aparte.)
Yo averiguaré....
EMILIA. (Acercándose con mimo.) ¡Fernando!....
¿Estás triste?
FERN. ¡Yo!
EMILIA. Sí tal....
¡Cuando dice *El Imparcial*
Que vas la elección ganando!
FERN. ¿De veras? (Con indiferencia.)
EMILIA. Ya te asegura
Cien votos de mayoría.
FERN. (Con frialdad forzada.)
¿Luego la elección es mía?
EMILIA. Si no hay tropiezo.... segura....
FERN. ¿Y qué me importa?
EMILIA. ¡Eso dices!
Creí yo que te importara
Que el otro no te dejara
Con un palmo de narices....
FERN. Es que de todo estoy harto,
Y doy todo á Belcebú,
Con tal, hija, de que tú

No me dejes sin un cuarto.

EMILIA. ¡Yo!....

FERN. Tú; sí.

EMILIA. No te comprendo.

FERN. Que se gasta mucho; eso es,
Y que de uno en otro mes
Va el presupuesto creciendo.
Que, en fin, por este camino,
Donde el más firme tropieza,
Vamos, hija, de cabeza....

EMILIA. ¿Á dónde?

FERN. Á San Bernardino.

EMILIA. De ese cambio me sorprendo
En tu manera de ver.
No me decías ayer
Lo que ahora me estás diciendo.

FERN. Es que....

EMILIA. Toda explicación
Es inútil para mí.
Estando tu hermano aquí,
¿Quién ha de tener razón?

FERN. Pero....

EMILIA. Se acabó. Sumisa
Á tu criterio seguro,
Desde mañana te juro
Que no he de salir ni á Misa.
Y pues te parece mal
El fausto, Fernando mío,
Reduciré mi atavío
Á un vestido de percal.
Y sabré hacerte dichoso
Sin pompa, fiestas, ni galas,
Dormida bajo las alas
Del corazón de mi esposo.
Que pues su vida de él toma
La que adora á su marido,
Tu corazón será el nido
Y yo seré la paloma.

FERN. ¡Emilia! (Con cariño.)

EMILIA. ¿Quizá has pensado
Que á mí el esplendor me ofusca,
Y que mi amor propio busca
El incienso perfumado

De la efímera lisonja?....
¡Si esto lo he hecho por honrarte!
¡Si estoy por asegurarte
Que yo nací para monja!

FERN. (Aparte, (¿Es falacia? ¿Es inocencia?
¡Veamos!) Mas ¡quién pensara
Que en ti también se cebara
La infame maledicencia!

EMILIA. ¡Cómo!

FERN. Debes ignorar....

EMILIA. Nada, aunque sea en mi mengua.

FERN. Hay crímenes que la lengua
No sabe cómo expresar.

EMILIA. Habla claro y sin temor.

FERN. Pues dicen.... ¡Si es horroroso!

EMILIA. ¡Qué!

FERN. Que debo estar celoso;
Que escarnio haces de mi honor.

EMILIA. ¡Yo!

FERN. Lo dicen, y....

EMILIA. No añadas
Una palabra.

FERN. Perdona.

EMILIA. La calumnia es la corona
De las mujeres honradas.

FERN. (Es inocente)

EMILIA. Sospecho,
Por el dolor de la herida,
Que una mano fratricida
Es la que me rasga el pecho.

FERN. ¡Oh! No pienses....

EMILIA. ¡Vano afán!
Tú no; mas ya he conocido
Cuán antipática he sido
Para tu hermano Román:
Que aunque honrado y caballero
Y amante de la justicia,
Tiene la tosca malicia
Del campesino grosero.
Y pues por mal ó por bien
Hasta ahí su rencor alcanza,
Te diré que eso es venganza
De mi pasado desdén.

FERN. ¡Desdén!
EMILIA. Ya es fuerza hablar claro.
Ayer me reconoció;
Y si entonces me asaltó
No sé qué necio reparo,
Hoy que á calumniar se atreve
Mi honradez inmaculada....
FERN. Mas si él no asegura....
EMILIA. Nada
Tu esposa ocultarte debe.
En Trillo fué.... Me vió allí:
Le hizo mi donaire gracia:
Mas él tuvo la desgracia
De no hacerme gracia á mí.
Como el Conde—no lo ignoras—
Era de mi padre amigo,
Por allí andaba testigo
De mi vida á todas horas.
Y es lógico y natural
Que al Conde yo le mostrara
Más afecto.... con la cara:
Con el corazón igual.
Pero tu hermano irritado
Por aquella preferencia,
Soltó á la maledicencia
La presa que aquí ha soltado.
Y por tan injustos modos
Llegó tanto á conseguir,
Que tuvimos que salir
Menospreciados de todos.
¡Y ahí ves! Cuando estaba yo
Como quien de eso se olvida,
Vuelvo á ser escarnecida
Del que ayer me escarneció.
Si tal infamia tolera
Mi esposo; si está aquí más
Ese hombre.... me obligarás
Á que yo me marche fuera.
FERN. Cálmate, por Dios, mujer.
Él no ha afirmado tal cosa.
EMILIA. Si me ha hecho ya sospechosa,
¿Qué otro mal me puede hacer?
FERN. (Después de todo, es verdad....

Román es quien más me ofende.)

EMILIA. Luego el muy necio pretende
Reformar la sociedad....
Soy ligera.... lo confieso.
¡Pero á eso él da una importancia!
Que me gusta la elegancia....
Pues todas gustamos de eso.

FERN. Razón tienes, alma mía;
Perdona si te ofendí.
Ya sabes que yo por ti
Toda mi sangre daría.

EMILIA. ¡Si no pido....!

FERN. Pide y goza....

EMILIA. ¿Para volverte á enfadar....?

FERN. No: que con verte gozar
Mi espíritu se alboroza.
¡Si mil veces te lo he dicho!

EMILIA. ¡Qué bueno eres!

FERN. (Abrazándola.) Tú, mi cielo....

EMILIA. (Con todo, no le revelo
Que hoy he tenido un capricho.)

FERN. Y además, hay un negocio
De por medio, una subasta....

EMILIA. ¡Negocio! ¿Y es bueno?

FERN. Basta.
Con decirte que es mi socio
El Conde.... Ya ves si es ducho....

EMILIA. Entonces no digas más.
Con el Conde ganarás
De fijo.

FERN. ¡Es mucho hombre, mucho!
Bien se merece la mano
De Lola.

EMILIA. Sí, la merece....
Pero ahí ves; no le parece
Tampoco bien á tu hermano....

FERN. ¡Mi hermanito! ¡Voto á tal!
Hoy le echo de aquí, lo juro.
¡Si con él no está seguro
Ni el tálamo conyugal!
Ahora voy....

EMILIA. Mas yo te pido
Que guardes cierta prudencia....

FERN. Nada temas. (La inocencia
Siempre en el mundo ha vencido.)
(Vase izquierda.)

ESCENA VII.

EMILIA, sola.

Conque.., si usted, don Román,
De gavilán se ha preciado,
Ya ve usted que le he cortado
Las uñas al gavilán.
Reina soy, reina seré
De mi casa y mi marido;
Para reinar he nacido,
Y claro es que reinaré.
¡Que no porque ese.... insolente
Quiera el mundo reformar,
Me voy yo ahora á arrancar
La corona de la frente!
¡Vaya...! Que el Conde me adora....
Peor para el Conde.... al cabo,
Si él se empeña en ser mi esclavo,
Será esclavo, y yo señora.
Así su solicitud
Por servirme se apresura,
Dando fama á mi hermosura
Sin mengua de mi virtud.
Tras de Lola, el interés
Le lleva, y yo á ello me avengo,
Que con esto, más le tengo
De rodillas á mis piés.
Y ¡ojalá por tal manera,
Llena de joyas y galas,
Al cielo elevar mis alas
Como el águila pudiera;
Y desde allí al mundo necio
Mandase, haciéndole honor,
Por cada grito de amor
Cien miradas de desprecio!
(Toca un timbre.—Viene Juan.)

ESCENA VIII.

EMILIA.—JUAN.

EMILIA. ¿Le has visto?
JUAN. Y le di el recado.
EMILIA. ¿Qué te ha dicho?
JUAN. (Con intención.) Que vendrá.
EMILIA. Diciéndole que no venga,
¿Se opone á mi voluntad
De esa manera?
JUAN. Parece
Que le tiene que entregar
Á la señora....
EMILIA. (Con extrañeza y altivez.) ¿Qué es eso?
JUAN. Como el Conde es tan puntual,
Le estorbará en el bolsillo
Lo que no es suyo quizás....
EMILIA. ¿Sabes?....
JUAN. Habló de una joya,
Y como él suele comprar
Para la señora algunas....
EMILIA. Que yo le pago.
JUAN. Es verdad.
EMILIA. Tiene en ti gran confianza.
JUAN. Como la señora, ó más.
EMILIA. Sólo á él le debes la mía,
Pues por él lograste entrar
En mi casa.
JUAN. En eso estamos.
Él es un hombre cabal,
Que me favorece mucho,
Si es poco lo què me da.
EMILIA. ¿Poco?
JUAN. Señora, ¡qué diablo!
Como está el mundo tan mal,
Y anda todo por las nubes,
Y es preciso prosperar,
Y uno tiene sus trapillos,
Y se ha hecho tan general
Eso de vivir con rumbo....

¡Vamos! La necesidad
Es cada día más fuerte,
Y cada vez pide más.

EMILIA. ¿Pues qué clase de servicios
Puedes tú al Conde prestar
Para exigir recompensas
De cierta especie?....

JUAN. (Con marcada malicia.) Yo....

EMILIA. ¡Ya!
Te has figurado sin duda
Que puede acaso llegar
Un momento en que se imponga
Tu audacia á mi dignidad.
Te has figurado que tienes
Un secreto que explotar:
Que al nivel de tu codicia
Mi altivez descenderá,
Y, en fin, que andando los tiempos,
Perderé la autoridad
Para arrojarte, si quiero,
Á latigazos....

JUAN. (Temeroso.) Yo....

EMILIA. ¡Bah!
Te equivocas, pobre mozo;
Soy quien soy.... y nada más.
Vete.

JUAN. Señora, yo juro.

EMILIA. No jures, y vete en paz.
(Juan se va al fondo, y al llegar á la puerta anuncia al Conde.)

JUAN. El señor Conde.

EMILIA. Que pase.

JUAN. (¡Que pase! ... Y luego dirá....
Pues lo que es esto, ahora mismo
Lo va á saber don Román.) (Vase.)

ESCENA IX.

EMILIA.—EL CONDE.

EMILIA. Mal atiende usté á mi ruego.

CONDE. Me debe usted perdonar,
Pues si los ruegos me vencen,

Las amenazas, jamás.

EMILIA. ¡Amenazas!

CONDE. No de usted,
Cuya extremada bondad,
Si no alcanza á mis deseos,
Me sabe en cambio obligar.

EMILIA. ¿De quién, pues?

CONDE. En esa carta
Puede verlo. (Le da un papel.)

EMILIA. (Viendo la firma.) ¡De Román!

CONDE. Me insulta en ella, y ordena
Que yo aquí no vuelva más.

EMILIA. No me extraña: usted olvida
Que á este Robinsón audaz
Lo conocí yo en los baños
De Trillo seis años ha;
Que con mi alegre carácter
Le llegué acaso á inspirar
Esperanzas por de pronto,
Luego celos de un rival....

CONDE. ¡Ah! ¿Conque es este?.... ¡Oh famosa
Aventura!.... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

EMILIA. Por dónde ha venido á ser
Mi cuñado, el buen patán
Que á una mujer como yo
Pretendía conquistar....

CONDE. En nueve días de baños....
¡Si es lo más original!
Yo soy mal fisonomista;
Pero quise recordar
Al verle.... ¡ja! ¡ja!.... si digo
Que tiene esto mucha sal.

EMILIA. No deja de tener gracia
La aventura; pero más
La tendría si por culpa
Del labriego lenguaraz
Volviese á correr mi fama
Otra nueva tempestad.

CONDE. ¿Qué quiere decir?....

EMILIA. Por eso
Le he rogado á usted con Juan
Que procurara....

CONDE. Encerrarme

Sin ver la lumbre solar;
Asfixiarme entre las sombras
De mi triste soledad,
Lejos del bien con que sueño,
Privado hasta de aspirar
El ambiente perfumado
Que usted respira.... ¿Qué más
Contra mí su alma de hielo
Ha podido imaginar?

EMILIA. Conde.... ¡por Dios!
(Con vanidosa coquetería.)

CONDE. ¡Como siempre!
Halaga su vanidad
El grito desesperado
De un corazón pertinaz
Que ama un imposible.... pero
Compadecerse, pagar
Con una sola mirada
Tanta augustia, tanto afán....
Eso ni usted lo concibe,
Ni yo lo puedo esperar.

EMILIA. (¡El pobre me adora!) ¡Vamos!
No hay motivo para tan....

CONDE. ¿No hay motivo?.... (¡Que ese hielo
Encienda en mi pecho más
Esta hoguera en que me abraso!)

EMILIA. Ni tiene usted un rival....

CONDE. ¡Sí lo tengo!

EMILIA. ¿Dónde?

CONDE. Aquí.
Este brazalete. (Saca un estuche.)

EMILIA. (Deslumbrada.) ¡Ah!
¡Mi capricho!

CONDE. ¿No lo dije?
Ya está usted loca.

EMILIA. Es verdad.
(Contemplando la joya con éxtasis.)
No hay tesoros en el mundo
Con que se pueda pagar
De esta cinta de brillantes
La nitidez oriental.
Sus rayos deslumbradores
Envidia á los cielos dan,

Pues rayos son que la aurora
Robó á la luz matinal.

CONDE. ¡Qué entusiasmo! (Así te quiero;
Tu altivez sucumbirá.)

EMILIA. No hay, Conde, dicha más pura
Que la dicha de brillar.

CONDE. El amor....

EMILIA. Es servidumbre.

CONDE. La ambición,

EMILIA. Es necedad.

CONDE. Los banquetes....

EMILIA. Grosería.

ROMÁN (Por el fondo, con un libro en la mano.)
¿Y la virtud?

CONDE. ¡Eh!

ESCENA X.

DICHOS.—ROMÁN.

EMILIA. (¡Román!
¿Cómo ese torpe criado
No avisa?)

ROMÁN. Voy á acabar,
Con su licencia: es un libro
De versos.... que no están mal.
(Lee.) «Hay zonas en la tierra
Donde no se oye
El cantar de las aves
Entre los bosques:
Allí se ignora
Que las flores embriagan
Con sus aromas.
Ásperas rocas ciñen
Sus tristes valles,
Desnudos de las galas
Primaverales.
Allí no hay brisas
Cargadas de perfumes
Del Mediodía.
Sobre la inquieta espalda
Del mar brumoso,

Flotar se ve el helado
Cristal del Polo:
Como las aguas,
Son helados los vientos,
La tierra helada.
Oscuridad y muerte
Ve por do quiera
El audaz navegante
Que allí se acerca....
Pero allí hay pueblos
Que viven muy tranquilos
Bajo aquel hielo!
Así también hay almas
Que no conocen
De los grandes afectos
Los puros goces;
Míseras almas,
Que viven muy tranquilas
Bajo la escarcha!.... »
(Hablado.)
Confesemos que el autor
No dice mal, ¡voto á tal!
(Á Emilia.)
¿Á usted le parece mal?

EMILIA. Á mí.... no.... (Balbuciente.)

ROMÁN. (Al Conde.) ¿Y á este señor?

CONDE. ¿Estoy quizás obligado
Á darle mi parecer?

ROMÁN. ¡Oh! Si eso fuese un deber,
Ya lo habría usted hollado.

CONDE. ¡Caballero!

ROMÁN. En el bautismo
Me pusieron ese nombre.
Siento mucho, aunque le asombre,
No llamarle á usted lo mismo.

CONDE. Lo que me asombra no es eso,
Sino mi paciencia.

ROMÁN. Es harta,
Pues le he probado en mi carta
El amor que le profeso,
Y áun así, de su honra en mengua,
Viene á buscar nuevamente
Que yo le marque la frente

Con el hierro de mi lengua.

EMILIA. Ya es faltar á mi decoro
Insultarle así.

ROMÁN. Señora,
Aquí no se trata ahora
De sus brazaletes de oro.
Y si estas rudezas mías
Le llegan á molestar,
Váyase usté á contemplar
Á solas sus mercancías.

EMILIA. ¡Insolente!

CONDE. Si no fuera
Porque le ampara el seguro
De esta casa, yo le juro....

ROMÁN. No jure, y vamos afuera.

EMILIA. Conde, prohibo....

CONDE. Ya sé
Lo que á su familia debo,
Y aunque me insulte de nuevo....

ROMÁN. Lo sufrirá.... (Suelta una carcajada.)
Escuche usté.
(Lee de nuevo en el libro.)
«De dolor el alma herida
Por desdenes de su dama,
Cierto Tenorio de fama
Pensó en quitarse la vida.
En su fiero parasismo,
Llegóse á un pozo el menguado,
É intentó desesperado
En aquel oscuro abismo
Sepultar sus amarguras;
Pero más prudente el mozo,
No quiso tirarse al pozo....
Por no meterse en honduras.»

CONDE. ¡Oh! De rabia mi pecho arde,
Y más no puedo sufrir.
Lo que usted quiere decir
Es que soy...

ROMÁN. (Acabando.) Eso: un cobarde.

CONDE. Basta; nombre usted padrinos,
Y....

ROMÁN. ¡Precauciones ociosas!
No hacemos así las cosas

Nosotros los campesinos.
¿Apelar quiere á los brazos?
Pues vamos, y en el jardín
Á la cuestión demos fin
Con tres buenos puñetazos.

EMILIA. No, ni así ni de otro modo;
Y pues que usted se propasa,
Justo es que el amo de casa
Testigo sea de todo.

ROMÁN. Que lo sea.

FERN. (Dentro, con vigor.) No tolero
Que me estén así engañando.

GASP. Pero, señor don Fernando....

EMILIA. Aquí llega.

FERN. No hay más pero.

(Salen Fernando y Gaspar por el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS.—FERNANDO.—GASPAR.

GASP. ¡Ea! Es preciso acabar.
La adoro, redondamente;
Y si usted no lo consiente,
Se la voy á usté á robar.

FERN. ¡Descaro tal!

GASP. Es muy justo.

FERN. No he de dar, según parece,
Ni un paso sin que tropiece
Con uno ú otro disgusto.

ROMÁN. Y los que te faltan.

FERN. Sí:
Sólo al verte me hago cargo
De que será el más amargo
El que proceda de ti.

GASP. (Á Román.)
Eso es porque usted me apoya.

ROMÁN. Le apoyo, sí.

FERN. ¿No lo digo?

EMILIA. En cambio, insulta á tu amigo
El conde de Villarroya.

ROMÁN. Que porque nadie colija,

Que infame á tu honor atenta,
Te ha pedido á buena cuenta
La blanca mano de tu hija.

EMILIA. (¡Es implacable!)

GASP. ¿De Lola?
¿Quién tiene derecho?

ROMÁN. ¡Chito!

GASP. Es que si me pisan, grito;
Y lo que es á la pistola....

ROMÁN. ¡Niño! (Haciéndole callar.)

EMILIA. (Á Fernando.) Ya, en fin, puedes ver
Que tu hermano no repara
En insultar cara á cara
Á tu amigo y tu mujer.

FERN. (Á Román.)
Ya veo, ruín inventor
De imaginados agravios,
Que solamente en tus labios
Anda perdido mi honor.
Lo dudé: mas veo al fin
Tu perfidia demostrada.
Casi estás haciendo honrada
La memoria de Caín.

ROMÁN. ¡Voto á bríos! ¿Pero eres ciego,
Ó eres tan vil....?

FERN. ¡Fementido!
¡Si desde que tú has venido
No hay aquí paz ni sosiego!

ROMÁN. Luego, ¿me echas?

FERN. Sí.

ROMÁN. ¿Es que soy
Estorbo temible acaso?

FERN. Estorbo eres.

ROMÁN. En tal caso,
Aunque me eches no me voy.
Y no me voy, porque es ya
La iniquidad tan notoria,
Que hay que contar cierta historia,
Que hirviendo en mi mente está.

FERN. Sí: la de Trillo. Es en vano
Que te molestes: la sé.

ROMÁN. ¿La sabes? Pues contaré
Otra que ignoras, hermano.

FERN. ¿Más historias?
ROMÁN. Á porfía
Como ésta contarlas cabe.
El señor Conde las sabe
Mejor que yo todavía.
Que él ayude á mi memoria,
Y verás qué bien la cuento.
Vamos, Conde, en un momento
Á recordar esa historia.
Era.... Tiempo ha.... No sé dónde;
Pero era una pobre anciana,
Condesa, sola, y hermana
Del padre del señor Conde.
Dos sobrinos á su herencia
Aspiraban de consuno:
Mas ella fijaba en uno
Su maternal preferencia.
Que era ponerla en un potro
Cuando de esto se la hablaba,
Pues á ese uno tanto amaba
Como aborrecía al otro.
Y con tanta claridad
Su preferencia mostró,
Que en cabal salud dictó
Su postrera voluntad.
Mas llegó el punto marcado
Por Dios de su última hora,
Y aquella infeliz señora
Á nadie tuvo á su lado.
Iba de viaje; asaltóla
La enfermedad de repente;
Vióse de la muerte enfrente;
Miró en torno: se halló sola.
Pero aún del siguiente día
La luz al mundo alumbraba,
Cuando un hombre se acercaba
Á aquel lecho de agonía.
¡Qué espanto el aparecido
En la anciana produjera
Se presume, porque él era
El sobrino aborrecido!
CONDE. (Furioso.) ¡Mentira!
ROMÁN. Si no acabé.

CONDE. Es una infamia esa historia.
ROMÁN. Señor Conde, ¿á mi memoria
De este modo ayuda usté? (Con sorna.)
FERN. Basta, Román; no consiento....
ROMÁN. Voy á acabar....
EMILIA. Sí; que acabe.
CONDE. ¿Farsa tal?
ROMÁN. ¿Cómo lo sabe,
Si aún no he concluído el cuento?
Mas concluyo de una vez,
Diciendo que ella murió;
Que el sobrino presentó
Nuevo testamento al juez;
Y que con éste en la mano,
Á su hermano desposeía;
Que poco después moría
Sin saber cómo su hermano....
Y, en fin, que ha amasado así
Con fermento de vileza
Su título y su nobleza
El Conde que veis ahí.
EMILIA. (¡Jesús!)
CONDE. (Con amenaza de tomar una resolución extrema.)
¡Su sangre! ¡Su vida!
FERN. Conde, tregua á ese arrebato,
Ó él nos prueba su relato,
Ó sale de aquí en seguida.
ROMÁN. ¿Pruebas?
FERN. Pruebas, sí. ¿Pues qué,
(Á Román aparte)
Á un hombre de ilustre cuna,
Á quien fío mi fortuna
Con entera buena fé....
ROMÁN. ¡Qué!
FERN. Le voy de aquí á arrojar,
Porque hayas crédito dado
Á historias que te ha contado
Quien no las puede probar?
ROMÁN. Pero atiende....
FERN. Pruebas digo.
ROMÁN. No las tengo.
FERN. No.... ¡Villano!
Pues reniego del hermano,

Y me voy tras del amigo.

CONDE. Gracias.

FERN. Vamos. (Guiándolo hacia el despacho.)

ROMÁN. Pero si....

CONDE. (Mañana el golpe.)

(Entran en el despacho D. Fernando y el Conde.)

ROMÁN. (Á Emilia.) Señora....

EMILIA. Basta: necesito ahora
Pensar á solas en mí. (Entra en su cuarto.)

ESCENA XII.

D. ROMÁN.—GASPAR.—LUEGO JUAN.

ROMÁN. ¡Huyen!.... ¡Me arrojan!

GASPAR. Los dos
Lucidos hemos quedado.

ROMÁN. ¿Pero esto es que se ha acabado
Ya la justicia de Dios?

(Juan entra con precaución por la puerta del foro, y se va acercando á D. Román.)

GASPAR. Esa historia ha sido vana.
Piden pruebas.

ROMÁN. ¿Dónde están?

JUAN. (Casi á su oído.)
Calma, señor don Román,
Que usted las tendrá mañana.

(Cae el telón.)

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

ROMÁN.—JUAN, que sale del cuarto izquierda.

JUAN. ¡Qué cara ha puesto el señor
Cuando el papel le he entregado!
ROMÁN. Alguna quiebra.
JUAN. Era oficio
Del Ministerio.
ROMÁN. Ya caigo.
Noticias de la elección.
De fijo lo han derrotado.
JUAN. Eso será.
ROMÁN. Á nuestro asunto.
Ya que se empeña mi hermano
En que le demos las pruebas
De que el Conde es un malvado,
Refiéreme lo que has hecho.
JUAN. Pues me llevó á su despacho
El señor Conde, que estaba
Por cierto muy agitado.
Me habló del plan que hace días
Anda el hombre meditando,
Y que yo, que no soy topo,
Ya me había sospechado.
Yo le dije que cuanto antes
Debía salir del paso
Y dar el golpe; él entonces
Se resolvió. Mandó al Banco
Á sacar letras....
ROMÁN. ¡Infame!
Con el oro de mi hermano....

JUAN. Justo.
ROMÁN. Si es cosa....
JUAN. Después
Me abrazó.
ROMÁN. ¡Tuno!
JUAN. Quedamos
Convenidos; salí al punto,
Avisé el coche, y el diablo
Hará el resto; por mi parte
Cumplí bien: la prueba al canto.
ROMÁN. De modo que á ese tunante
Será preciso cazarlo
Como á un conejo.
JUAN. Por fuerza.
Si se le mata....
ROMÁN. ¡Mil rayos!
Si se le mata, se queda
Sin un céntimo Fernando.
JUAN. Por eso le cazaremos.
ROMÁN. ¿El inspector?
JUAN. Avisado.
Si el Conde logra su intento,
Juro que cae en el lazo.
El callejón del jardín
Es oscuro y solitario,
Y aunque vengan tres agentes,
Pueden estar emboscados
Sin miedo.
ROMÁN. Haré que Gaspar
Esté también, por si acaso,
Á la mira.... y quiera el cielo
Que no seamos burlados
Por ese infame.
JUAN. Lo dudo.
Cuando se atan bien los cabos....
ROMÁN. Entonces verá las pruebas
Que me ha pedido Fernando....
JUAN. Y si ellas no le convencen,
Digo que el hombre es cerrado
De mollera....
ROMÁN. ¡Chist! que salen....
Vámonos presto.
JUAN. Sí, vámonos....

ROMÁN. Y no olvido mis ofertas ;
Seis mil reales vas ganando.
(Vanse por el fondo.)

ESCENA II.

EMILIA.—FERNANDO.

FERN. ¡Pero esto es para acabar
Con la paciencia de un santo!
¿Después de todo, salimos
Conque no soy diputado?
EMILIA. ¿Qué dices?
FERN. La verdad pura.
Carta canta. Mi contrario,
Furibundo demagogo,
Por diez votos me ha ganado
La elección. Este es—¡mil bombas!—
Un país de perdularios.
La sociedad se desquicia,
El trono se viene abajo,
La familia se disuelve....
Y á mí me cuesta los cuartos.
EMILIA. Eso es lo peor.
FERN. Cabal.
Y mira que es flojo chasco,
Después que el Conde decía
Que estaba ya asegurado
Mi triunfo....
EMILIA. (Inquieta.) ¡El Conde!
FERN. Supongo
Que él no tendrá culpa....
EMILIA. El caso
Más grave no es ese.
FERN. ¿Cómo?
EMILIA. No sé por qué has tolerado
Que en la subasta el depósito
Fuese á su nombre.
FERN. Está claro.
Él es todo un personaje,
Y en estos negocios vastos—
¡Ya ves! un ferro-carril—

Casi siempre es necesario
Que se ponga al frente un hombre
De prosapia ó renombrado.

EMILIA. Para ganar una prima
No hay necesidad de tanto.

FERN. Pero, en fin, temes....

EMILIA. Ni temo,
Ni me fío. Pero acaso
Al verse con una suma
De tanta importancia, el diablo
Le sugiera el pensamiento....
No sé.... de emplearla en algo.
Y si pierde.... ¿quién lo pierde?
Y si gana.... él va ganando.
Es tentador el dinero,
¡Y todos le amamos tanto!

FERN. ¡Demonio! La misma idea
Asaltó hace poco mi ánimo,
Y la deseché. Mas ahora
Que la escucho de tus labios,
Comienzan á perturbarme
No sé qué temores vagos....

EMILIA. Aquella historia....

FERN. Esa historia
Es falsa.

EMILIA. ¡Falsa!....

FERN. ¡Dios santo!
¿Dudarás?....

EMILIA. Juan fué criado
Del Conde. Román.... sospecho
Que con Juan se entiende....

FERN. ¡Vamos!
¡Tú sueñas!

EMILIA. Tienes razón.
Es sueño. Mas, por si acaso,
Corre á buscarle. Le dices
Que debes hacer un pago
Hoy mismo.... por culpa mía,
Ya sabe él que despilfarro
Sin piedad.

FERN. ¡Emilia!

EMILIA. Sí, él—
Sábelo al fin—me ha buscado

Casi todas las alhajas
Que tengo.... y no hallará extraño
Mi apuro. En fin, es preciso
Que hoy sin falta recojamos
Esta cantidad.

FERN. No hay duda....
Ya estoy desasosegado.

EMILIA. Vete.

FERN. ¿Y si ha salido?

EMILIA. Búscale
Por todas partes.

FERN. Volando. (Vase fondo.)

ESCENA III.

EMILIA.

Confiar al Conde así
Todo nuestro capital....
Ha hecho mal.... ¿pero este mal
No cae también sobre mí?
Esta fe ciega y constante
Que puse en él tanto influye,
Que ya el mundo me atribuye
La infamia de ser su amante.
Y en verdad se explica bien,
Pues quizá nunca se vió
Que una mujer como yo
No tenga amantes también....
Pero ese Conde, ¿no ha sido
De mi casa amigo fiel?
¿Mi padre no estuvo á él
En íntimo lazo unido?
¿No me siguió por doquiera
Con incesante porfía?
¿Yo misma no le amaría,
Si yo capaz de amar fuera?
Mas.... acude á mi memoria
La historia que aquí contó
Don Román.... y no sé yo
Por qué me aterra esa historia.
Ni por qué la candidez

Extrema de mi Fernando
Va hoy á mis ojos tomando
El color de la honradez....
Extraña duda me acosa,
Y por vez primera siento
El vago presentimiento
De una desdicha espantosa.
No quiero, no, imaginar
Lo que puede suceder....
Acostumbrada á vencer,
¿Por qué empiezo ahora á temblar?

ESCENA IV.

EMILIA.—JUAN.

JUAN. (Con cierto misterio.)
Señora, el Conde está aquí.
EMILIA. (Con ansiedad.)
¿Ha visto á Fernando?
JUAN. (Con malicia refinada.) ¡Ca!
EMILIA. Que pase.
JUAN. (Al cabo será
El negocio para mí.)
(Vase, y pasa el Conde.)

ESCENA V.

EMILIA.—EL CONDE.

EMILIA. ¡Conde!
CONDE. El mismo.
EMILIA. Dios le envia.
CONDE. ¿Me esperaba usted?
EMILIA. (Turbada.) ¿Yo? No.
Fernando.
CONDE. De aquí salió
Hace poco en busca mía.
EMILIA. ¿Lo sabe usted?
CONDE. Y por eso
He venido sin demora.
EMILIA. Gracias, Conde.
CONDE. Usted no ignora

Con cuánto afán me intereso
Por usted, por su ventura.

EMILIA. ¿No he de saberlo?

CONDE. Y también
Cuánto me ofende el desdén
De su divina hermosura.

EMILIA. Perdone usted.

CONDE. No perdono.

EMILIA. ¿Ni aunque humilde se lo pida?

CONDE. Sólo con amor olvida
Un desdeñado su encono.

EMILIA. ¿No le parece bastante
Mi amistad?

CONDE. ¿Y qué consigo
Con ella? No es nunca amigo
Quien pretende ser amante.

EMILIA. Jamás con tanta insistencia
Me ha hablado usted de ese asunto.

CONDE. Es que jamás á este punto
Ha llegado mi paciencia.
Es que hoy, Emilia, según
Mi modo especial de ver,
Vamos aquí á resolver
Nuestro problema común.

EMILIA. ¡Problema!

CONDE. No muy oscuro.
Óigalo usted formulado:
«En vista de lo pasado,
Determinar lo futuro.»
Es el eterno problema
De la vida, y, bien ó mal,
Lo resuelve cada cual
Con arreglo á su sistema.
El de usted es paralelo
Del mío, seguramente.

EMILIA. ¿Y es?

CONDE. Llevar alta la frente,
Pero mirando hacia el suelo.
Del lujo al vano esplendor,
Ese corazón helado
Todo lo ha sacrificado;
Hasta el grito del amor.
¡Placer único, exclusivo!

Cosa para mí harto rara;
Porque yo, señora, para
Todos los placeres vivo.
Pero, al fin, ese placer
No es quizá menos costoso
Que el vicio más fastuoso
Que un hombre puede tener.
Luego, así usted como yo,
Para vivir con decoro,
Necesitamos más oro
Que á España América dió.
De todo lo cual infiero,
Señora, que nuestras vidas
Están para siempre unidas
Por el lazo del dinero.
¿No es verdad?

EMILIA. Temo que sí.

CONDE. No hay para temer razón.

EMILIA. Mas, no advierto la ocasión
De que me hable usted así.

CONDE. Va usted á saberla.—Siento
Por usted amor sin tasa;
No ese amor necio que abrasa
Las fibras del sentimiento,
Y las consume y devora
En una lucha incesante
Que hace sufrir al amante
Mil muertes en una hora;
No esa ilusión, cuyo exceso
Llega el alma á destruir,
Que desfallece al oir
El estallido de un beso;
Sino ese amor infernal
Que más aviva el desdén;
Que nada espera del bien;
Que nada teme del mal.
Para lograr este fin,
Y embriagarnos en la vida
Á que París nos convida
Con su perpetuo festín,
Le vengo á usté á proponer,
En un sencillo dilema,
La solución del problema

«La miseria ó el placer.»

EMILIA. ¡La miseria!

CONDE. Causa horror,
¿Verdad?

EMILIA. (Aterrada.) Pero usted, ¿ha osado... ?

CONDE. Dejemos, Emilia, á un lado
Moral, conciencia y honor.
Todo esto es ruín antifaz,
Bueno para el vulgo adusto,
Que sin el miedo á un Dios justo
No nos dejaría en paz.

EMILIA. ¡Jesús....! ¡Y que este hombre crea....!
¡Si voy á volverme loca....!
¡Si no halla frases la boca
Para expresar una idea! —
¿Conque Román no mintió?
¿Conque es usted....?

CONDE. ¿Qué le asombra?
Yo soy la implacable sombra
Que usted misma proyectó.

EMILIA. (Procurando serenarse.)
¿De modo que usté ha creído
Que por mi afán de brillar,
Puedo y debo.... hasta robar
Su fortuna á mi marido?
¿Que mi vida entera no es
Sino un punto continuado
En el camino trazado
Por mi egoista interés?
¿Que, en fin, debo hasta el abismo
Llevar mi resolución?

CONDE. ¡Pues si esa es la conclusión
De un perfecto silogismo!
Seamos lógicos. ¿Cuándo
Ha amado usted? Por ventura,
¿No vendió usté su hermosura
Por el oro de Fernando?
¿No ha llegado usté en un traje
Su existencia á concentrar?
¿No ha llegado usté á soñar
Con el raso y el encaje?
Si usté á espaldas de ese necio
De Fernando, le ha mermado

Su fortuna, y le ha pagado
Con réditos de desprecio;
Si el resto, después de todo,
Lo gastaría usté aquí,
¿Qué más da gastarlo así,
Ó gastarlo de otro modo?

EMILIA. ¡Oh! Calle usted, por piedad;
No abuse de la flaqueza
De quien á ver claro empieza
La mentira y la verdad.

CONDE. Mejor; pues si bien las mira,
Verá que vale sin duda,
Más que la verdad desnuda,
Ataviada la mentira.
Resuélvase usted á huir
Conmigo que amarla sé....
Y yo le aseguro á usté
Que he de enseñarla á vivir.

EMILIA. ¡Nunca!

CONDE. (Ironía.) ¡Extraña pulcritud!

EMILIA Pero es un lazo infernal....

CONDE. El oro es un sér rëal,
Y una ilusión la virtud.
Andrajosa, hambrienta, inerte,
En oscuro antro sumida,
Le ofrece á usted una vida
Más horrible que la muerte.
Ya no habrá triunfos ni galas
En que usted su dicha encierra,
Y yacerá usted por tierra
Como un águila sin alas.
Y al mirar con ansiedad
En torno á su hogar sombrío,
Hallará usted el vacío
De la triste soledad.
En cambio mi ardiente amor
Le puede á usted ofrecer
Una vida de placer
Y un mundo por servidor.

EMILIA. ¡Oh! Basta: serpiente artera
Que dichas y amor ofrece;
¡Cómo su silbo parece
De la serpiente primera!

CONDE. ¡Resúelvase usted!
EMILIA. ¡Qué plan
Satanás le ha sugerido!
CONDE. Le advierto, que prevenido
Lo tiene ya todo Juan.
Después que el día dé fin,
Habrá un coche sitüado
En el callejón aislado
Por donde se entra al jardín.
Yo allí la señal segura
De una luz acecharé,
Como viajero que ve
Una estrella en noche oscura
Bajará usted, y á este aviso
Ya hallará la puerta abierta,
Que será entonces la puerta
De mi eterno paraíso,
Para que nos lleve luego
Á otra vida encantadora
La ardiente locomotora
Con sus entrañas de fuego.
EMILIA. ¡Qué misteriosa atracción
Tiene su infernal acento,
Que hasta el del remordimiento
Sofoca en mi corazón!
CONDE. ¡La fuerza del silogismo!
EMILIA. Luz, armonías, colores....
Esta es la senda de flores
Que va á parar al abismo.
Yo con mis manos tejí
De esta red los viles lazos;
Pero si la hago pedazos,
¿Quién podrá dudar de mí?
CONDE. ¡Todos!
EMILIA. ¡Nadie!.... Yo sabré....
Es una infamia, y no cedo.
CONDE. No olvide usted que yo puedo
Arruinarla.
EMILIA. No es usté
Tan miserable....
CONDE. Señora,
Mal conoce los desvelos
De quien, muriendo de celos,

Con toda el alma la adora.

EMILIA. ¿Y eso es adorar?

CONDE. Nos llama
Amantes la fama ya.
¿Qué pierde usted, pues, si da
Razón completa á la fama?

EMILIA. ¡Jamás! ¡jamás!

CONDE. ¡Qué aprensión
¡Qué escrúpulos de mujer!....
(Con firmeza.) Á las ocho espero ver
La luz en ese balcón.
(Va á salir por el fondo, y sale Gaspar.)

ESCENA VI.

DICHOS.—GASPAR.

GASP. Me alegro mucho encontrarle,
Señor Conde.

CONDE. Y yo también.
¿En qué puedo á usted servirle?

GASP. (Á Emilia.) Con el permiso de usted.
(Al Conde.)
Sé que adora usté á Lolita,
Y que pretende usted ser
Su marido, y yo me opongo.

CONDE. En lo cual hace usted bien,
Aunque es inútil.

GASP. Por eso
He pensado resolver
La cuestión como es costumbre
Entre caballeros....

CONDE. ¡Eh!

GASP. He nombrado dos padrinos,
Que irán esta noche á ver
Las condiciones, y.... ¡vamos
Lo corriente.

CONDE. ¿Para qué?

GASP. Para rompernos la crisma
Mañana al amanecer.

EMILIA. ¿Qué impertinencias son esas?

CONDE. (Á Emilia.) Hágame usted la merced
De no incomodarse.

GASP. ¡Claro!

Esto es cantar y coser.
Con que.... (Al Conde.)

CONDE. Nada. Convenido.
Estoy á la orden de usted.
(Vase por el foro riendo.)

GASP. ¡Se ríe!

EMILIA. ¡Es usted un necio! (Vase derecha.)

GASP. ¡Hombre, tiene esto que ver!

ESCENA VII.

GASPAR.

Se ríe el uno de mí,
La otra me deja en Belén,
Después que el buen don Fernando
Me trató tan mal ayer.
Ó á mí me falta un tornillo,
Ó esta casa es Leganés.
No; pues sea lo que fuere,
Estoy resuelto á no hacer
Más galanes de comedia,
Ni más bobos de entremés.
Hoy mismo pido la mano
De Lolita. Así sabré
Por qué me mira ese suegro
Con ojos de Lucifer.
Si es porque el Conde la quiere,
Bueno, yo me encargo de él.
Mañana le pego un tiro,
Como tres y tres son seis.

ESCENA VIII.

FERNANDO. — LOLA. — GERTRUDIS, por el fondo.— GASPAR.

LOLA. ¿Se pasó ya?

FERN. Se ha pasado.

GERT. Pero sepamos qué ha sido.

FERN. Es que me he desvanecido
De cansancio.... no hay cuidado. (Se sienta.)

LOLA. ¿Quiere usted algo, papá?

FERN. No quiero nada, hija mía.

Ya estoy bien.

GERT. (Apostaría
Algo bueno á que anda acá
La mano del Conde, sí.)

FERN. (Á Gaspar.)
¡Calle! ¿Es usted?

GASP. Sí, señor.

FERN. ¿Y á qué le debo el honor
De verle á usted por aquí?

GASP. La ocasión no es muy propicia,
Y acaso deba excusarme...

FERN. Eso es que viene usté á darme
Alguna mala noticia.

GASP. No, señor.

FERN. De usted al fin,
¿Qué puedo esperar?

GASP. (¡Ya empieza!
Se le ha puesto en la cabeza
Que yo soy un puerco-espín.)

LOLA. Por Dios, papá.

GERT. (¡Qué aprensiones
Tiene este señor!)

FERN. Á ver;
Ya oigo.

GASP. Pues nada: que ayer
Tendría usted mil razones
Para insultarme.

FERN. De fijo.

GASP. Pero aunque usted así piensa,
Yo no creo que es ofensa
Aspirar á ser su hijo.
Cierto que el Conde también
Aspira....

FERN. (¡Duda tirana!) (Sin oirle apenas.)

GASP. Pero ese asunto mañana
Quedará arreglado.... ¡y bien!
De aquí ha salido ahora mismo.

FERN. ¿Quién? (Con ansiedad.)

GASP. El Conde.

FERN. (¡Ah! Estoy salvado!)

GASP. Y de acuerdo hemos quedado
En rompernos el bautismo.

LOLA. ¡Estás loco!

GASP. Ya verás.

FERN. (Llamando.)
¡Emilia! (Y yo mentecato,
Que he puesto en duda....)

GASP. (Á Lola.) Lo mato,
Y no nos estorba más.

FERN. ¡Emilia!

ESCENA IX.

DICHOS.—ROMÁN.

ROMÁN. Con mucho afán
Llamas á tu esposa.

FERN. Justo.
Con tanto.. . como disgusto
Me causa verte, Román.

(Román se sonríe con lástima, y luego se dirige á los otros.)

ROMÁN. ¡Idos!... (Á Gaspar. Ap.) Gaspar, necesit
Que se quede usté en la casa.

GASP. ¡Pues qué! ¿Pasa algo?

ROMÁN. Sí; pasa,
Que va á caer en el garlito....

(Sigue hablando con él un breve rato, y luego Gaspar, haciendo señas de inteligencia y asombro, se va con los demás por el fondo.)

ESCENA X.

FERNANDO.—ROMÁN.

ROMÁN. Conque, en fin, ¿te estorbo tanto
Que te irrita mi presencia?
Voy á creer que mi paciencia
Es la paciencia de un santo.

FERN. ¡Buena está tu santidad!
Emilia puede decir....

ROMÁN. Tú lo dirás al sentir
Que el rayo de la verdad
Hiere tu ciega mirada....
¡Si ahora mismo lo conoces!
¡Si lo está diciendo á voces
Tu conciencia perturbada!

Que en mi alma abrigo no halló
Ni la traición ni el engaño,
¿Lo he de probar, si ¡mal año!
Lo sabes tú como yo?
Ni es de mí de quien recelas,
Que hoy tu espíritu, Fernando,
Va entre dudas navegando
Como navío sin velas.

FERN. Te equivocas.

ROMÁN. Que testigo
Sea tu propio corazón.
Dudas, con harta razón,
De tu más íntimo amigo.

FERN. Dudé: no dudo.

ROMÁN. Es en vano
Disimular de ese modo.
Tú sabes que él tiene todo
Tu capital en su mano.
Y aquí para entre los dos
Temes tú, como Román,
Que á quedarte vas sin pan,
Si ese hombre no cree en Dios

FERN. Nuevas injurias le infieres.
Él aquí hace poco ha estado....
Y de seguro ha entregado
Lo que debe.

ROMÁN. (Con lástima y desdén.) ¡Qué bueno eres!
Aunque la duda te hiera,
Y estés contra él prevenido,
Ni sabes á qué ha venido,
Ni lo sospechas siquiera.

FERN. ¿Y tú sí?

ROMÁN. ¿No he de saber?
De su perfidia por arte,
Ha venido á arrebatarte
Tu fortuna y tu mujer.

FERN. Que tú estás viendo visiones.
Román, ¡mira lo que dices!....

ROMÁN. ¡Siempre son los infelices
Cómplices de los bribones!
Al pensamiento traidor
De tu ilustre compañero
No le basta tu dinero,

Y quiere también tu honor.
Honor que es ya sombra vana,
Pues hace tiempo, Fernando,
Que lo has estado arrojando
Tú mismo por la ventana.

FERN. Eso es el eco que vibra
De la ruín maledicencia.

ROMÁN. Pues sea verdad, ó apariencia,
¿Quién de la infamia te libra?
Mujer que vive no más
Para el fausto y el placer,
Aunque honrada quiera ser,
No lo parece jamás.

FERN. Pero ¿el Conde?

ROMÁN. El Conde vino
Á lo que he dicho.... ¡y no miento!
Lo que ignoro es si su intento
Fácil hallará el camino.

FERN. No lo hallará por Emilia....
Cierto estoy....

ROMÁN. ¡Ah! Desdichada
Mujer, que vive olvidada
Del amor de la familia!

FERN. ¿Tú qué sabes?

ROMÁN. ¿Por ventura
Alguien en el mundo ignora
Lo que es la mujer que adora
Solamente su hermosura?
Yo sé bien, aunque ignorante,
Que ella dice: «Todo ceda
Al crujido de la seda
Y á los rayos del diamante.»
Yo sé que llega á ofuscar
La vanidad de tal modo,
Que el amor, y la honra, y todo,
Se sacrifica en su altar.
Sé que por lograr la palma
De apariencias seductoras,
Hay mujer que á todas horas
Por un trapo vende el alma;
Y ¡ay de ti, si por amor
Al diamante y á la seda,
Tu mujer hace almoneda

De su nombre y de tu honor!

FERN. ¡Qué ideas!

ROMÁN. ¿Te causan tedio?
Pues son verdad.

FERN. Pero antigua.

ROMÁN. ¡Infeliz quien la averigua
Cuando no tiene remedio!

FERN. ¡Ea! Basta. Á mi mujer
Debo en la duda acudir.

ROMÁN. Si ella se empeña en fingir,
¿Qué es lo que vas á saber?

FERN. Pero entonces ¿cómo puedo
La verdad averiguar?

ROMÁN. ¿Cómo? Sabiendo esperar
Sin arrogancia y sin miedo.

FERN. ¿Esperar qué?

ROMÁN. Que aquí mismo
Con silencio misterioso
Ella demuestre á su esposo
Si cayó ó no en el abismo.

FERN. ¿Sospechas?

ROMÁN. Nada sospecho:
Sé de seguro que está
Rugiendo á estas horas ya
Una tormenta en su pecho.
Sé de cierto que silbó
Reptil astuto á su oído:
Si ha escuchado ó no el silbido,
¿Cómo he de saberlo yo?

FERN. Tu ingenio me maravilla,
Si es verdad lo que has contado.

ROMÁN. Á este enigma tu criado
Dará explicación sencilla
Y natural. No hay mejor
Regla para casos tales:
«¿Son varios los criminales?
Pues no faltará un traidor.»

FERN. Pero entonces.... ¡Ah! recelo....
Vacilo.... Mira, Román;
Por nuestros padres que están
Mirándonos desde el cielo,
Di que de burlarte tratas
De mí....

ROMÁN. Mi honradez ofendes.
FERN. Pues si es verdad, ¿no comprendes
Que con la verdad me matas?
ROMÁN. (Conmovido.) ¡Hermano mío!
FERN ¡Mas no...!
Venga la verdad entera!
¡Débil y todo, siquiera
Aún no soy infame yo!
ROMÁN. Despertó tu dignidad,
Y á rugir tu sangre empieza.
FERN. ¡Á veces da fortaleza
La propia debilidad!
Así la mansa corriente
Que apenas el suelo moja,
Es feroz cuando se arroja
Bramando por la vertiente.
Vamos, pues, donde yo vea
Á los que en mi honor imprimen
Nota vil.
ROMÁN. ¡Vamos! que el crimen
Ya artero el campo rastrea.
FERN. ¿Qué dices?
ROMÁN. (Escuchando.) ¡Oh! Sí.... tal vez—
No es ilusión del deseo—
Tal vez va á pasar el reo
Ante los ojos del juez.

(Es ya de noche completamente, y Román ha indicado con la acción que siente pasos á un lado de la escena.—Román lleva á Fernando á una habitación inmediata con sigilo, y dando á entender que se pondrán en acecho.)

ESCENA XI.

EMILIA, que entra en la escena con muchas precauciones, y con una luz en la mano.

¡Nadie! ¿Y si espían?.... Mejor
Será cerrar. (Cierra con llave la puerta por donde se fueron ellos.) Así ya
Nadie en mi rostro verá
Roto el velo del pudor.
Llegó la noche.... Su horror
Ama y busca el delincuente;

Por eso quizá en la ardiente
Pasión que no me abandona,
La eterna noche amontona
Sus sombras sobre mi frente.
Sola estoy. Asomar puedo
Esa luz que ahí brilla. Sé
Que la esperan.... Mas ¿por qué
De asomarla tengo miedo?
¿Es vano y fútil remedo
Del grito desgarrador
De la conciencia? ¿Es temor
De que alguien oiga ese grito..
Ó es acaso que el delito
Parece á solas mayor?
¡Quién sabe! Pero es verdad
Que ni en mi vida he temido,
Ni, como hoy, nunca he sentido
Vacilar mi voluntad.
Misteriosa soledad,
Que en extraña lengua aquí
Estás hablándome, dí:
¿Qué irresistible elocuencia
Te ha dado la Providencia
Para detenerme así?
¡Ah! Ya entiendo la razón.
Es que el mundo con su loca
Garrulería sofoca
Los gritos del corazón.
Pero, á solas, la pasión
Que al bien ó al mal se prepara,
De la verdad ve más clara
La luz á que el alma aspira,
Y así al mal ó al bien se mira
De hito en hito y cara á cara.
¡Allí está el mal! (Señalando el balcón.)
Ni atavío
Ni sombra de bien le encubre.
Toda su hediondez descubre
Como su légamo el río.
Avezado el pecho mío
Á respirar con su aliento,
Arrastrada hacia él me siento
Por esa fuerza infernal

Con que atrae hacia sí el mal
Al humano pensamiento.
¡Ah! Sí.... desnudez, pobreza.. .
(Como queriendo coger la luz.)
Hogar negro y solitario,
Siempre envuelto en el sudario
De perdurable tristeza....
¡No puede mi fortaleza
Tales pruebas resistir !....
Vivir así no es vivir ,
Y aunque mi conciencia clame....
(Toma resueltamente la luz, y va á asomarla ; pero se detiene.)
Pero al lado de ese infame ,
¿Qué me guarda el porvenir?
De su torpe amor, ¿qué prueba
Darme podrá, si le sigo?
Quien, como él, vende á su amigo,
¿No venderá á su manceba ?....
¡Oh! Virtud, tras ti me lleva
La razón, y ya jamás
De guiarla dejarás
Con tu resplandor eterno....
Siniestra luz del infierno,
No brilles, no brilles más.
(Arroja violentamente la luz que ha tenido en la mano, y queda la escena iluminada solamente por un rayo de luna. El Conde aparece en el foro.)

ESCENA XII.

EMILIA.—EL CONDE.

CONDE. ¡Emilia !
EMILIA. ¡Jesús!
CONDE. Ya Juan
Está dispuesto.... ¿Qué aguarda ?
¿Por qué su duda retarda
La hora de calmar mi afán?
EMILIA. ¡Huya usted!
CONDE. ¡Solo! No á fe.
EMILIA. Con mi fortuna.
CONDE. Eso es poco ;

¡Si la robé por el loco
Amor que me inspira usté!

EMILIA. No es verdad.

CONDE. Mi dicha fundo
En este amor que me inflama.
¿Y qué le importa á quien ama,
Todo el dinero del mundo?

EMILIA. Un amor que así eslabona
Los crímenes, ¿amor es?

CONDE. Sí tal, porque ni interés,
Ni honra, ni amistad perdona
Amor que se multiplica
Cuanto más se reconcentra,
Y lo que á su paso encuentra
Sin piedad lo sacrifica.
Ocho años ahogué este hirviente
Amor, cuyo goce espero:
Por eso estalla hoy más fiero
Que desbordado torrente.

EMILIA. Ni así la infamia es menor,
Ni me justifica á mí.

CONDE. Pues yo he de salir de aquí
Sin la vida, ó con tu amor.

EMILIA. ¡Conde!

CONDE. ¡Vamos!

EMILIA ¡No: jamás!

CONDE. ¿No me amas?

EMILIA. Llorando estoy
Por no poder sentir hoy
El odio de Satanás.
Mas sé que si le escuchara
Y accediese á su porfía,
Mayor cada vez sería
El odio que me inspirara.

CONDE. Resuelto he subido aquí
Á saciar mi amante sed;
Emilia, ó me sigue usted,
Ó no respondo de mí. (Saca un revólver.)

EMILIA. ¡Jesús! ¡Socorro!

CONDE ¡Ni un grito!
(La mano en la boca.)
(Arrastrándola consigo.)
¡Por fuerza.... ó de cualquier modo!

Solo un paso.... y tengo todo,
Todo cuanto necesito.

(Se la lleva por el fondo medio en hombros. En el cuarto de la izquierda golpes violentos, que van aumentando juntamente con los gritos de Román y Fernando.)

ESCENA XIII.

FERNANDO. — ROMÁN.

(Á fuerza de golpes, salta la cerradura de la puerta, y salen Fernando y Román.)

FERN. ¡Déjame!.... Si ha de morir....
ROMÁN. No á tus manos.... Ten más calma.
FERN. ¡Si hasta que le arranque el alma
No voy á poder vivir!
(Suena un disparo dentro.)
¿Qué es eso?
ROMÁN. ¿Qué ha hecho ese Juan?
(Rumor dentro.)
FERN. ¡Él!
ROMÁN. No era lo convenido....
(Gaspar, Lola y Gertrudis traen á Emilia desmayada.)

ESCENA XIV.

DICHOS.—EMILIA.—GASPAR.—LOLA.—GERTRUDIS.

FERN. (Abalanzándose á su mujer.)
¡Emilia!
GASP. Nada: un vahido.
¡Un poco de agua!
GERT. Aquí están
Unas sales....
GASP. (Las huele.) ¡Basta!
FERN. Pero,
¿Y el Conde?
GASP. ¿El Conde? Acabó.
Cuando cercado se vió
De un señor alto y severo
Y dos agentes....
FERN. ¡Y bien!
GASP. Que Juan avisó y yo traje,
Se disparó el muy salvaje

El revólver en la sien.

ROMÁN. ¡Justicia de Dios!

(Emilia vuelve en sí.)

EMILIA. ¡Ay!.... Sí....

¡Justicia!

FERN. ¡Emilia!

EMILIA. (Huyendo de él.) ¡Fernando!

LOLA. ¡Calma!....

EMILIA. No.... si aún me está ahogando
El fuego que hierve aquí.... (La garganta.)
Fuego del rubor, y entiendo,
Porque su llama es tan fiera....
Como nunca salió fuera,
Me está el alma consumiendo.
Sangre, ruina, deshonor....
(Lucha un momento, como si subieran las lágrimas á su garganta, y luego rompe á llorar, echándose á los piés de Fernando.)
¡Ay, Fernando!

FERN. ¡Emilia mía!

ROMÁN. ¡Llora al fin! Es la alegría
Que causa el primer dolor.

EMILIA. ¡Perdón!

FERN. Cese tu quebranto.

LOLA. Mitiga tu desconsuelo.

ROMÁN. Dejad que corra ese hielo
De un alma deshecha en llanto.

EMILIA. ¡No hay esperanza!

ROMÁN. Sí tal.

EMILIA. ¿Quién ha de ampararnos?

ROMÁN. Yo.

FERN. ¡Hermano mío!

ROMÁN. Sacó
Dios gran bien de mucho mal.

EMILIA. ¡Gracias, Dios Santo!

ROMÁN. La vida
Del amor comienza ahora.
¡Alma de hielo que llora,
Es un alma redimida!

FIN.

DEL MISMO AUTOR

La Dama del Rey, drama en tres actos y en verso.
La Novela del Amor, comedia en tres actos y en prosa.
La Mirada del Muerto, balada dramática en un acto y en verso [1].

OBRAS NO DRAMÁTICAS

La Paloma Blanca, novela.
Felipe II, estudio histórico-crítico.

---

[1] En colaboración con D. José Cavanilles.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *Córdoba y Compañía*, y de *Rosado*, Puerta del Sol; de *Simón* y *Osler*, calle de las Infantas, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administración Lírico-dramática.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administración*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.